

¿HOMBRE O MAQUINA?

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del ESPACIO
BOLSILIBROS BRUGUERA
¿ HOMBRE O MAQUINA ?
Clark Carrados
CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

651 – El cerebro asesino, *Joseph Berna*.

652 – Cercados en el planeta amarillo, *Ralph Barby*.

653 – ¿Somos terrestres?, *Glenn Parrish*.

654 – El imperio de los robots, *Joseph Berna*.

655 – La frontera del infinito, *Glenn Parrish*.

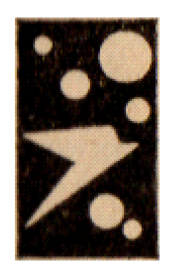
CLARK CARRADOS

¿HOMBRE O MÁQUINA?

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 656

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 1.396 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1983

2ª edición en América: septiembre, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

—Acusado, póngase en pie.

La voz del presidente del tribunal resonó como el estampido de un cañón. O al menos así lo creyó Pier Shenn al escuchar aquella orden, que obedeció maquinalmente sintiendo en la garganta un terrible nudo, porque iba a conocer su destino.

Los jueces que componían el tribunal eran nueve, todos ellos ataviados con largas vestiduras moradas y cubiertos con unos extraños bonetes pentagonales, de los que pendían espesos velos que cubrían sus rostros por completo. La ley decía que los jueces debían llevar cubierto el rostro por respeto al acusado, pero Shenn se sentía escéptico al respecto.

Se tapaban la cara para que los acusados no vieran la vergüenza que sentían los jueces al dictar una sentencia horrible, absolutamente injusta y de una crueldad como jamás se había conocido en ninguna parte. Pero todo eso, se dijo Shenn, eran consideraciones inútiles, que no iban a aliviar para nada su situación.

La sala donde se había celebrado el juicio era espaciosa y había sitio para mucha más gente, pero no se había producido asistencia de público. Sólo los jueces, los guardias que le custodiaban, él mismo... y el omnipotente señor de Modz, Thrimoy Ktarm. El hombre que regía los destinos de Modz había asistido en efigie, naturalmente, por medio de una gigantesca pantalla en la que se podía ver su cabeza y parte de su torso.

Nadie podía juzgar la edad de Thrimoy por su aspecto. Lo mismo podía tener treinta que trescientos años. Las malas lenguas decían que hacía medio milenio que había nacido. Shenn suponía que su edad debía de ser la décima parte de lo que contaban las leyendas.

Un rostro delgado, pero no demacrado; nariz recta, ojos penetrantes, pelo casi negro, terminado en un pronunciado pico en el centro de la frente despejada y sonrisa pretendidamente benévola, pero que en realidad era la expresión de la infinita ambición que albergaba el espíritu del hombre que regía los destinos del planeta con mano de hierro. Eso era lo que Shenn veía en la gigantesca pantalla situada en uno de los lados de la sala.

El presidente del tribunal llevaba una especie de collar dorado, que le diferenciaba de los demás miembros. Antes de dictar sentencia se habían retirado a deliberar a una estancia contigua, pero Shenn sabía que era pura fórmula.

La sentencia estaba ya dictaba en el momento en que fue detenido. En aquel mismo instante, y en todos los interminables días que siguieron, Shenn maldijo la idea que había tenido de viajar a Modz, pero ya era tarde para lamentaciones. Ahora sólo le restaba cargar con las consecuencias de lo que estimaba una decisión realmente infortunada.

Durante su estancia en la prisión había tenido tiempo de sobra para enterarse de cuál iba a ser su sentencia, y al saberlo había pensado que la crueldad humana había alcanzado allí, en Modz, unos límites realmente inconcebibles.

Y, sin embargo, no le causarían daño físico.

Hubiera preferido una ejecución rápida, la horca, el fusilamiento, la guillotina… pero no la condena que iba a padecer durante… ¿Cuántos años?

Pronto lo sabría.

Aquellos pensamientos habían cruzado por su imaginación en fracciones de segundo mientras se ponía en pie. Resignado a su suerte, no quiso dar muestras de flaqueza y cuadró los hombros.

—Acusado —dijo el presidente del tribunal—, ¿tiene algo que alegar antes de dictar sentencia?

—Diría que soy inocente, pero no serviría de nada —contestó Shenn. A sus treinta y pico de años podía dar la existencia como acababa, aunque siguiese viviendo muchos más, pensó amargamente.

—Su culpabilidad ha sido plenamente demostrada y, en consecuencia, este tribunal ha estimado conveniente dictar la

sentencia que se oirá a continuación —manifestó el presidente, con voz en la que no se percibían apenas inflexiones tonales—, Dado el delito que se le imputa, el acusado debería ser condenado a muerte, pero la benevolencia infinita del supremo protector que rige con indudable acierto los destinos de nuestro planeta ha evitado una sentencia irremediable. Por tanto, la pena que debe imponerse al acusado es la de quince años de ¿ionización, transcurrido cuyo tiempo, y si su comportamiento tanto en la prisión como en los trabajos que se le asignen es irreprochable, podrá volver nuevamente a su estado actual. Caso fallado. El juicio ha terminado.

Shenn sintió que las piernas le flaqueaban.

Quince años de bionización.

Sabía que le iba a suceder algo parecido, pero nunca había creído una pena de tanta duración. No podría resistirlo; aun en estado biónico, moriría antes...

Dos guardias de rostros inexpresivos se lo llevaron casi en volandas. Cuando lo sacaban de la sala de justicia, Shenn sintió que tenía Ia cara completamente mojada.

Estaban en lugar cubierto y no llovía, por tanto.

Entonces...

Lloraba.

* * *

— Esto no le va a doler nada —dijo el doctor Lhixos. —¿Seguro, matasanos?

Shenn se había resignado ya a su muerte. Sabía que no podía hacer nada por evitarlo, ni siquiera aunque hubiese intentado resistirse por la fuerza.

En dos ocasiones había tratado de fugarse. Lo había hecho para que sus guardianes le matasen. Pero los esbirros de Thrimoy tenían órdenes concretas y le dispararon dardos narcóticos, que le anestesiaron casi en el acto, demostrando con ello que la bondad del

protector no tenía límites.

Thrimoy no quería muertos inservibles, sino vivos útiles.

—He hecho ya numerosas operaciones de este tipo —contestó Lhixos sonriendo.

—¿Y no le da vergüenza hacer estas cosas? —preguntó el condenado.

—¿Por qué? Si no lo hago yo, otro lo hará... y, de todos modos, vivir unos años como hombre biónico no es tan malo. Luego se le devolverá su cuerpo y podrá ser de nuevo un ser libre y feliz.

—Doctor, ¿es usted el inventor de este procedimiento?

—Oh, no, en absoluto. Fue el doctor Jeffud, pero no está aquí ahora.

—Es igual, esté donde esté, yo le maldigo para toda una eternidad.

Lhixos se echó a reír.

—Amigo mío, no sea usted melodramático. Vivir como biónico no es tan malo...

—¿No. eh? Entonces, ¿por qué no cambia usted de cuerpo?

—Me gusta el que tengo.

Shenn estaba ya tendido en la mesa de operaciones y alzó un poco la cabeza para mirar a su interlocutor. Lhixos era un hombre joven todavía, de unos cuarenta años, alto, robusto, bien parecido, excepto por algo que Shenn no le gustaba en absoluto.

Lhixos tenía los ojos demasiado juntos. Eso en su opinión, era indicio de un espíritu rastrero, aunque muy inteligente, o no estaría en el laboratorio donde se construían los hombres biónicos. Rastrero, ruin y taimado, pensó en unos instantes.

—Sí, claro, doctor; le gusta su cuerpo. Usted puede sentir el placer de comer, beber, oler perfumes naturales o artificiales, pasar los brazos por la cintura de una mujer hermosa...

Una mujer entró en aquellos instantes pisando silenciosamente, portadora de una bandeja de metal con algunos instrumentos quirúrgicos. Debía de tener poco más de treinta años y era de gran

belleza.

Tenía el pelo corto, intensamente negro, y una silueta pródiga en curvas, mostradas generosamente por el ceñido traje blanco, de una sola pieza, que constituía su única indumentaria. En su hermoso rostro no se advertía ninguna expresión, aunque Shenn creyó captar en sus ojos, grandes, rasgados, de pupilas negras como la noche, una infinita tristeza, cuyos motivos, lógicamente, se sentía incapaz de adivinar.

—Ah, señor Shenn —dijo Lhixos—, le presento a mi ayudante, Ia doctora Varda Mossl. Varda, nuestro nuevo paciente.

La recién llegada hizo un leve gesto con la cabeza. Luego puso la bandeja encima de una mesa.

—Estoy lista, doctor —anunció.

—Gracias, querida. Puede empezar cuando guste.

—Sí, doctor.

Con dedos hábiles y rápidos, Varda preparó una inyección. Desde su sitio, Shenn vio que Lhixos se situaba tras una enorme consola de control, en la que manejó algunas piezas del extenso teclado que tenía frente a sí.

—Los ayudantes mecánicos están preparados —informó.

—¿Ayudantes mecánicos? —se sorprendió el prisionero.

—Robots, claro. Ellos son los que se encargan de las operaciones manuales —contestó Lhixos—. Nosotros dos, es decir, Ia doctora Mossl y yo, supervisamos y dirigimos todo el-proceso de bionización desde esta consola de control. Salvo para la inyección de preanestesia, ni ella ni yo le tocaremos a usted para nada.

—¡Robots! —gritó Shenn, aterrado.

—Robots médicos, especialmente programados para este tipo de trabajos; pero no tema, amigo mío; han realizado ya cientos de operaciones con éxito absoluto.

—Cientos de operaciones… eso significa cientos de pacientes.

—Así es, no hay por qué ocultarlo.

—Doctor, ¿es cierto que conservarán mi cuerpo y me lo devolverán cuando hayan transcurrido los quince años de mi condena?

—El supremo protector no miente jamás —contestó Lhixos solemnemente.

—Supremo protector… Supremo canalla —calificó Shenn amargamente.

—No hay objeción a la libertad de expresión —dijo Lhixos en una especie de rapto de buen humor—. Varda, cuando quiera, por favor.

—Si, al momento.

La doctora se acercó a Ia mesa de operaciones, sobre la que yacía el paciente completamente desnudo. Desinfectó el hueco del brazo izquierdo y le aplicó la inyección con singular destreza.

Mientras el émbolo de la jeringuilla empujaba el líquido anestésico al sistema circulatorio de Shenn, Varda, inclinada sobre el paciente, lanzó una rápida mirada hacia !a consola de control y vio a Lhixos absorto en su labor. Entonces, con un rápido bisbiseo, dijo:

—Cuando llegue a Ia prisión, busque a Kroppf Ulz. Recuerde este nombre y reténgalo en la memoria: Kroppf Ulz. No, no haga preguntas, señor Shenn; Ulz le explicará todo. Ah, también es un hombre biónico, como usted lo será dentro de muy poco.

La aguja salió de la vena. Varda se irguió.

Shenn miró fijamente a aquella hermosa mujer, ¿Qué había querido decirle al mencionar a un hombre al que no conocía?

—Listo, doctor —dijo la joven.

—Gracias, colega. Ocupe su puesto.

—Sí, señor.

Varda se retiró. A los pocos instantes, Shenn, todavía asombrado por las palabras de la doctora, notó ya los primeros síntomas del sueño.

Había una potente batería de lámparas enfocadas a la mesa de operaciones. Shenn divisó también media docena de objetivos de cámaras de televisión, cuyas imágenes, reflejadas en sendas pantallas, permitirían a Lhixos dirigir la operación, ayudado por… ¿Por qué una

hermosa mujer se prestaba a semejante crimen?

El sueño empezó a vencerle. De pronto, con sus últimas notas de consciencia, vio algo que le puso los pelos de punta.

Media docena de robots avanzaban hacia la mesa de operaciones. Seis hombres mecánicos, de rostros de metal, con objetivos visores en lugar de pupilas y pinzas articuladas en lugar de dedos… y brazos dirigidos por control remoto.

Una mascarilla descendió sobre su rostro y sintió en los brazos y en el cuello los suaves pinchazos de distintas conexiones de control. Las lámparas que tenía sobre sí se fundieron repentinamente en algo que parecía un pequeño sol, pero la noche lo eclipsó de forma casi instantánea.

Lhixos presionó una tecla toja y se puso en pie.

—Sígame, doctora.

Varda caminó detrás de Lhixos hasta una estancia contigua, en la que había una mesa bien provista, además de un par de sillas y un enorme diván.

—Tenemos casi dos horas de tiempo, antes de que empiecen las operaciones más delicadas —dijo Lhixos, sonriendo de una forma especial.

—Sí, doctor —contestó ella con voz inexpresiva.

Y, sin más, se bajó la cremallera de su traje, del que se despojó en pocos momentos, para quedar completamente desnuda.

—Tiene usted una figura excepcional, Varda —dijo Lhixos, mientras devoraba con la mirada el cuerpo de la mujer, que se ofrecía a sus ojos sin el menor velo.

Acercándose a ella, la besó lascivamente en el cuello. Varda cerró los ojos.

«Algún día…», pensó.

«Pero ¿llegaría ese día?», se preguntó, mientras se sometía pasivamente a la lujuria de Lhixos.

CAPITULO II

Había cristales en la ventana de la estancia en que se encontraba y se contempló en aquel improvisado espejo.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que fue introducido en el laboratorio donde se fabricaban los hombres biónicos?

No podía asegurarlo. Se había dormido y sólo despertó cuando la transformación había sido completada.

El cristal le devolvió una imagen que le habría hecho desfallecer. si hubiese tenido su cuerpo humano. Pero conservaba el cerebro y los ojos, y podía ver y concebir pensamientos y gobernar su nuevo cuerpo por medio de la mente.

El rostro era humano, pero de metal y, salvo los ojos, no había en él ningún rastro de otros órganos, sino los párpados y las pestañas, porque eran algo indispensable para la visión. El cráneo estaba completamente pelado y el metal brillaba como si acabasen de pulirlo.

El cuerpo conservaba su figura, pero no llevaba ninguna clase de ropas. Era como si, desnudo, le hubiesen pintado la piel con alguna pintura o color de acero brillante. Brazos y piernas eran asimismo de forma humana pero completamente metálicos.

Shenn observó un horrible detalle en su nuevo aspecto.

Ahora era un ser asexuado.

Era un hombre biónico, pero no se podía juzgar su sexo por Ia apariencia. Ciertos órganos, absolutamente inútiles en su actual situación, habían desaparecido.

«¿Puedo llorar?», se preguntó.

Si habían conservado su cerebro, continuaba albergando sentimientos humanos. Pero, aunque pudiera, ¿valía Ia pena llorar?

La puerta de la estancia se abrió súbitamente y dos personas entraron en la estancia.

— Ah, el paciente —exclamó Lhixos jovialmente—. ¿Cómo se encuentra, amigo mío? ¿Sorprendido todavía por su nuevo estado? Pero no debe preocuparse: dentro de .nada ni se enterará siquiera de que es un hombre biónico y se moverá con tanta soltura como antes. Aquí sabemos hacer las cosas bien, sin el menor fallo. ¿No es verdad, doctora?

—Sí, doctor —contestó Varda con voz sin entonación.

—Ahora le haremos unas cuantas pruebas para ver los funcionamientos de sus órganos —siguió Lhixos—. Es pura rutina, claro, pero yo tengo que informar sobre el buen resultado de la operación.

—¿Qué harán conmigo después, doctor? —preguntó Shenn.

Apenas había terminado de hablar se dio cuenta de algo espantoso.

Tenía boca, pero no había movido los labios. Sus pensamientos, traducidos a palabras, habían sido emitidos mediante sonidos que brotaban de un pequeño altavoz situado en la parte delantera de su tórax de metal. Excepto los ojos, el resto de las facciones tenía la absoluta inmovilidad de ¡as estatuas.

Una especie de vértigo le acometió instantáneamente. pero no se cayó ni desfalleció físicamente. Continuó en pie.

—¿Qué le pasará? —repitió Lhixos—. Oh. Lo enviarán a los hornos donde se funde el «himet»... pero ya le explicarán allí qué es esa sustancia de la que, incidentalmente, debe saber forma parte muy principal de su nuevo cuerpo. Bueno, vamos a ver, levante el brazo derecho.

Shenn obedeció. Los movimientos le resultaban tan fáciles como cuando era de carne y hueso.

— Abra los dedos... Ciérrelos... Estire el brazo... Así, muy bien... ahora el brazo izquierdo...

Durante un cuarto de hora. Shenn ejecutó toda suerte de movimientos, excepto saltos de altura. Podía andar sin dificultad y hasta correr, pero Lhixos le aconsejó evitar los saltos.

—Ahora pesa usted ciento treinta kilos y saltar no resultaría conveniente para los delicados circuitos que, influenciados por su cerebro auténtico, mueven sus músculos artificiales. Por lo demás,

puede realizar toda suerte de ejercicios físicos sin el menor problema.

— Doctor, hay un detalle que usted ha olvidado. Un pequeño detalle: comer —dijo Shenn sarcásticamente.

—Ah, Ia comida —exclamó Lhixos con fingido pesar—. Sí. Io siento mucho, pero en su nueva situación está usted privado de los deliciosos placeres de la mesa. No obstante, no debe preocuparse en absoluto: el líquido sustitutivo de la sangre que riega su cerebro y le proporciona el oxígeno necesario es renovado automáticamente por medio de un circuito cerrado, al cual, sin embargo, se le añaden ciertas sustancias indispensables para la supervivencia. Pero eso se hace una vez cada seis meses o más. Repito: no tiene el menor motivo de preocupación.

—¿Sabe, doctor?, eso me recuerda una vieja historia que leí en mi planeta de origen hace mucho tiempo. Ocurrió hace cientos de años y trata de un condenado a muerte, a quien el verdugo aseguró que no sentiría nada. «Y eso, ¿cómo lo sabe usted?», le preguntó el reo.

Lhixos soltó una atronadora carcajada.

—¿Cuánto celebro que no haya perdido el sentido del humor! —exclamó—. Animo, muchacho, quince años pasan en un soplo y cuando haya cumplido su condena, podrá recuperar su cuerpo original y volver a ser el que era. Bien, la comprobación final ya ha terminado y debemos marcharnos. En seguida vendrán a buscarle a usted para llevarlo a la factoría de «himet».

De pronto, Varda dio un paso hacia adelante.

—Perdone un momento, doctor —rogó.

Se acercó al prisionero y se inclinó sobre su hombro izquierdo, que rozó con las yemas de los dedos.

—No se olvide —susurró—. Kroppf Ulz es el hombre.

Varda se retiró un segundo después.

—No era nada, doctor; una mota de polvo y me pareció una imperfección del metal...

—Está bien. —Los ojos socarrones de Lhixos se clavaron en el rostro de Shenn—. Le estrecharía la mano, pero... Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí, doctor —contestó Shenn. a través del altoparlante de su pecho.

Pero sus ojos estaban fijos en el hermoso aunque impenetrable rostro de Varda. ¿Por qué le recomendaba a Ulz? ¿Quién era aquel hombre?

Varda no permitió que el menor gesto alterase la impasibilidad de su rostro. Sin embargo, Shenn captó en sus hermosas pupilas una chispa de esperanza.

Era como si le dijera: «Valor, pronto acabará tu suplicio.»

Y entonces Shenn se sintió mucho más animado y su depresión empezó a alejarse de la mente que ahora estaba albergada en un cráneo de metal.

La puerta se cerró y Shenn se quedó solo. Pero por poco rato.

Un cuarto de hora más tarde vinieron dos soldados de la guardia especial de Thrimoy y se lo llevaron a la factoría de «himet».

* * *

El hombre estaba sentado tras una mesa, con un gran libro abierto delante de sí. Era un sujeto gigantesco, de hombros anchísimos, vestido con un traje de color verde muy vivo, adornado con orlas rojas. Tenía el cráneo completamente pelado y cuando sonreía enseñaba unos colmillos que habrían dado envidia a un tigre terrestre.

Los guardias que acompañaban a Shenn se detuvieron a unos pasos de Ia mesa. El hombre de la cabeza pelada hizo un gesto con una mano que parecía una pala.

—Acércate —ordenó.

Shenn obedeció.

—Sí, señor.

—Soy Fordic, director de personal de esta factoría —se presentó el sujeto—. Hay directores técnicos, pero de ésos no tienes que ocuparte en absoluto. Sólo debes estar pendiente de mis órdenes y de las que

puedan darte mis ayudantes, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Trabajarás duro, no tengo por qué negarlo, pero también tendrás tus horarios de descanso. A fin de cuentas conservas tu cerebro y éste es un órgano que necesita regularmente períodos de descanso. Tu cuerpo mecánico podría aguantar días enteros sin parar de trabajar, pero el cerebro no lo resistiría, así que tendrás un horario completamente normal, como si estuvieses en unos altos hornos de tipo clásico. ¿Vas enterándote?

—Desde luego, señor.

—Bien, ya poco más hay que añadir. Ah, sí, una cosa muy importante: cuidado con rebelarte, no desobedezcas jamás una orden, porque tenemos [redacted] cierto control remoto sobre tu cerebro y podemos enviarte descargas de dolor, de distinta intensidad según la clase de falta que hayas cometido. Ninguna de esas descargas, sin embargo, es fatal. Para el que comete una acción verdaderamente reprobable, tenemos un castigo muy especial: la destrucción de su cuerpo orgánico, lo que significa una condena perpetua, ya que nunca podrá volver a su figura humana. Yo no he redactado las leyes, pero las hago cumplir puntualmente.

—Entendido, señor.

Fordic bajó la vista hacia el libro que tenía delante de sí.

—Tienes el número FZ-307-R —dijo—. Ahora, cuando salgas de aquí te grabarán esa matricula en el pecho y en la espalda, a fin de que los capataces sepan en todo momento quién eres. Irás destinado a la Novena Sección y allí recibirás el resto de instrucciones.

—Sí señor.

La enorme mano derecha de Fordic presionó un timbre. Luego hizo un ligero ademán.

—Pueden marcharse, guardias. Me he hecho cargo del prisionero —dijo.

Los soldados saludaron y se fueron. A los pocos segundos se abrió la puerta y entró una hermosa muchacha, vestida con muy poca ropa, portadora de una bandeja con una botella y una copa.

—Tu medicina, señor.

— Ah, hola, Osix —sonrió Fordic—, Espera un momento, por favor.

—Como tú ordenes, señor —contestó Ia joven.

Shenn no mostró el menor signo de extrañeza. Ni siquiera volvió Ia mirada para contemplar a la recién llegada. Apenas diez segundos después, entró un hombre.

—Tus órdenes, Fordic —dijo.

—Este es el nuevo prisionero. Su matrícula es FZ-307-R. Grábasela y luego lo conduces a la Novena Sección. Eso es todo.

—Sí, señor. Vamos, prisionero, sígueme.

Shenn dio media vuelta. Al salir, Fordic se puso en pie y miró a la joven con una ancha sonrisa.

—Podemos beber de la misma copa, Osix —sugirió.

—Soy tu humilde servidora, mi señor —contestó ella.

Fordic cruzó la estancia y cerró la puerta con vuelta de llave.

—No conviene que nos molesten —dijo.

El gigantesco capataz se acercó a la joven y empezó a quitarle Ia ropa. Osix cerró los ojos y se dejó hacer, sin la menor protesta y sin que en su hermoso rostro apareciera ninguna expresión de descontento o repugnancia hacia lo que' iba a suceder.

CAPITULO III

Las chimeneas enviaban a Io alto espesas columnas de humo negruzco. Escoltado por su guardián, Shenn atravesó una vasta explanada, circundada por una altísima cerca, que no permitía ver Io que había al otro lado. Las chimeneas, por otra parte, alcanzaban alturas superiores a los doscientos cincuenta metros y enviaban a la atmósfera ingentes torrentes de gases procedentes de la combustión

del carbón que servía para alcanzar en los hornos de fundición las temperaturas deseadas.

Shenn no sabía Io que había al otro lado de la tapia, puesto que había llegado en un aeromóvil, cuyas ventanas, en el departamento destinado a los condenados, estaban cubiertas por opacas planchas de metal. El aparato había aterrizado directamente en el interior de la factoría y sólo en el momento de apearse había podido captar las primeras imágenes del lugar en el que iba a pasar quince años de su existencia.

Tenía treinta y dos. Cuando saliese libre contaría cuarenta y siete. El promedio de vida actual, para un terrestre, era de unos ciento cincuenta años. Aquel canalla de Thrimoy iba a quitarle la décima parte de su existencia.

«Si puedo, algún día, le retorceré el cuello como a un pollito», se prometió.

También se propuso tener paciencia. Haría cualquier cosa con tal de recuperar su cuerpo orgánico. En el actual, la renovación de los líquidos alimenticios, que permitían una actividad normal del cerebro, se realizaba aproximadamente cada seis meses. Si transcurría un tiempo superior sin haberse realizado la operación, el bionizado moría irremisiblemente.

«Sería mi segunda muerte y ya definitiva», se dijo, procurando contener la amargura que rebosaba su ánimo.

Un pelotón de soldados, acorazados de la cabeza a los pies, desfiló con paso rítmico por delante del prisionero y sus guardianes. Los soldados, al mando de un oficial, llevaban todos fusiles eléctricos, pero que disparaban proyectiles sólidos.

A Shenn le extrañó el uniforme de aquellos soldados. El metal tenía un ligero color amarillento y era más, bien mate. Salvo los ojos, ni una sola partícula de su cuerpo quedaba al descubierto. El cráneo estaba protegido por un casco, rematado en una breve cresta aserrada, y parecía formar parte indivisible del uniforme.

A la espalda llevaban la potente batería que servía para suministrar energía a los fusiles, en caso de tener que utilizarlos. El proyectil salía disparado por repulsión electromagnética, con una potencia indescriptible, capaz de atravesar planchas de blindaje de cinco centímetros de espesor. El calibre -era de unos quince centímetros, lo cual significaba que un solo disparo podía partir a un hombre por la

mitad.

Shenn había aprendido muchas cosas durante su período de reeducación física, a fin de que pudiera acostumbrarse a su nuevo cuerpo. Aquella especie de entrenamiento tenía su utilidad, ya que debía conocer teóricamente el lugar al que iba a ser destinado, antes de saberlo por la práctica, y evitar de este modo errores que no le beneficiarían en absoluto.

Su guardián se dirigió a una puerta situada en uno de los lados del inmenso edificio y al llegar tocó un pulsador. La puerta se descorrió a los pocos instantes y un fornido sujeto apareció en el umbral.

—Te hago entrega del prisionero Pier Shenn, número FZ-307-R —dijo el guardián.

—Entendido. Te relevo de su custodia —respondió el capataz.

Los guardias se marcharon. El capataz se encaró con Shenn.

—Me llamo Armtros. Supongo que nuestro jefe te habrá dado instrucciones —dijo.

—Sí, señor.

— Entonces, sígueme. Te asignaré otro prisionero como una especie de monitor, para tus primeros días en la fundición. Más adelante, quizá te destine a otro puesto. Tu instructor te dirá Io que debes hacer, hasta nueva orden.

—Sí, señor —repitió Shenn mecánicamente. «Nunca mejor empleada esta expresión», pensó.

Atravesó la entrada. Al otro lado, a unos cien metros, divisó unas extrañas construcciones de gigantescas dimensiones, con algunas aberturas, de las que brotaban en ocasiones fulgurantes llamaradas. Pero el fuego salía a más de doscientos metros de altura y, aparte la elevación de temperatura, no podía causar daño a nadie.

En la parte inferior, numerosos prisioneros se afanaban en transportar carbón y grandes trozos de un mineral, que no pudo identificar, a las cintas transportadoras, que los conducían a los huecos por donde eran alimentados aquellos altos hornos. Había corredores en voladizo, a distintas alturas, por los que continuamente transitaban los prisioneros, vigilando el proceso que, supuso Shenn, no debía de interrumpirse jamás.

La temperatura, pese a todo, era soportable. El conjunto estaba descubierto por la parte superior. De trecho en trecho, había grandes aberturas, protegidas por espesas rejillas que permitían Ia entrada del aire para la renovación constante en el interior.

Armtros agitó un brazo completamente orgánico y lanzó un poderoso grito:

—¡Kelx, acércate!

Uno de los prisioneros se apeó de la carretilla eléctrica que conducía, cargada de grandes bloques de mineral. Caminó unos cuantos pasos y se detuvo ante el capataz.

—¿Señor?

—Este es Shenn, número FZ-307-R. Tú serás su instructor hasta que recibas nuevas órdenes.

—Sí, señor.

Armtros se volvió hacia el recién llegado.

—Te presento a Kelx, BY-214-L —dijo—. Aunque no existen rangos entre los prisioneros, él será tu superior y deberás obedecerle en cuanto te ordene.

— Entendido, señor.

— Eso es todo. Shenn, Kelx, a trabajar!

—Ven conmigo —dijo el otro hombre mecánico.

Shenn siguió a su instructor. Este tomó asiento en lo que parecía el pescante de la carretilla. Shenn se sentó a su lado.

—El trabajo es muy sencillo —explicó el otro prisionero, cuyo aspecto no se distinguía en nada del de Shenn, salvo en los números de identificación grabados en el pecho y en la espalda—. Consiste en ir al cargadero de mineral con la carretilla vacía y luego llevar Ia carga a una de las cintas transportadoras que ya está asignada.

—¿Nada más?

—Esa es toda mi tarea durante las ocho horas reglamentarias de trabajo. El manejo de la carretilla, por otra parte, es muy sencillo. Con una palanca se gobierna en todos los sentidos, adelante y atrás,

derecha e izquierda. El botón que ves en la empuñadura es el freno. Ese pedal que hay a mi derecha es el que acciona el mecanismo de volquete. Nada más, como puedes apreciar. Todo muy simple, sin complicaciones.

—Lo aprenderé pronto —contestó Shenn—. Perdona la indiscreción, pero ¿es muy larga tu condena?

—Dieciocho años —contestó el otro prisionero.

—A mí me dieron un garrotazo de quince —se lamentó Shenn—. Supongo que como llevas ya aquí cierto tiempo te sentirás escéptico cuando alguien te diga que es inocente, ¿verdad?

—En absoluto —dijo Kelx—. Todos somos inocentes.

La carretilla se puso en movimiento. Después de aquellas palabras, Shenn permaneció unos momentos sin saber qué decir.

Kelx condujo el vehículo hasta una plataforma situada junto a una gigantesca cinta transportadora y, tras una hábil maniobra que Shenn procuró observar con toda atención, vació su carga. Luego viró en redondo y se encaminó hacia el cargadero de mineral.

Al cabo de un rato Shenn se decidió a hablar de nuevo. Quería saber algo y tenía que preguntárselo a su compañero.

—Perdona la curiosidad, pero ¿te llamas Kelx o es tu apellido?

— Apellido. El nombre es Nelphia.

Shenn respingó ligeramente.

—Nelphia. Parece nombre de...

—Sí, es nombre de mujer, porque yo lo soy —contestó «ella».

* * *

Shenn se sentía anonadado.

¿A qué mundo cruel había ido a parar? ¿Cómo era posible que en Modz pudieran dictarse leyes tan inhumanas y, lo que era peor aún,

ejecutarlas despiadadamente?

Sin hacer el menor caso de su asombro, Nelphia maniobró para situar la carretilla debajo de la tolva de carga. El mineral cayó con gran estruendo.

—No me lo puedo creer —dijo Shenn al cabo de unos momentos.

—Aquí, los hombres y las mujeres no se diferencian en absoluto —manifestó ella—. Tenemos los mismos derechos y efectuamos la misma clase de trabajo. A fin de cuentas, nuestros cuerpos mecánicos desarrollan una cierta cantidad de energía, idéntica en todos los casos. Tu potencia, como la mía, es de medio caballo de vapor.

—No está mal —murmuró el joven—. Nelphia, ¿confías en volver a tu cuerpo algún día?

—Debería encogerme de hombros. No sé qué contestarte, Shenn.

—Me llamo Pier —indicó él.

—Bien, Pier, si me hubiesen condenado a cuatro o cinco años, tendría esperanzas. Con una condena superior, las posibilidades se reducen enormemente.

—Este cuerpo mecánico de que ahora «disfrutamos» no debe de sufrir apenas desgaste, supongo.

—Se producen muchos accidentes —respondió Nelphia.

—¿Qué pasa entonces?

— Depende de la gravedad del accidente. Si sólo está afectado algún miembro, un brazo, una mano, por ejemplo, lo sustituyen por uno nuevo y el condenado vuelve a su puesto.

—¿Y si la «lesión» es de mayor gravedad?

—Lo arrojan a uno de los hornos de fundición.

Shenn se horrorizó al escuchar aquella respuesta.

—Si tuviese mi cuerpo orgánico sentiría escalofríos —dijo.

—Aquí no sientes nada, a menos que cometas alguna infracción y te envíen alguna descarga de dolor —dijo Nelphia—. No puedes oler el perfume de una flor, ni disfrutar del verde de los campos o el azul

del mar. Tampoco puedes saborear el más sencillo de los manjares o una copa de vino… Eres una máquina con cerebro humano, nada más.

La carga había terminado y Nelphia puso otra vez la carretilla en movimiento.

—Tú no eres modziano —dijo ella de pronto.

—No; soy terrestre.

—¿Puedo saber qué hacías en Modz? Si no hay inconveniente, claro.

—Ninguno. Vine en viaje de negocios. Me detuvieron, acusándome de espía, fui juzgado, condenado, bionizado… y aquí me tienes para quince años.

—Espía, ¿eh?

—Esa fue la acusación. Opino que lo dijeron porque era de la Tierra, nada más.

—Thrimoy es muy receloso.. Teme que sus proyectos se divulguen de una manera poco favorable para él.

—¿Qué proyectos? —se extrañó Shenn.

—¿Sabes qué clase de metal se produce aquí?

—Escuché el nombre: «Himetal». Pero no sé qué es…

—«Himetal» es abreviatura de «Hipermetal», un material infinitamente superior a todo lo conocido hasta ahora, extraordinariamente ligero y con un coeficiente de resistencia realmente inconcebible. Una plancha de «himetal» de un milímetro de espesor, de un metro cuadrado, pesa escasamente un par de kilogramos y puede absorber impactos de proyectiles de hasta doce centímetros de calibre. La resistencia aumenta con el cuadrado del grosor, de modo que una plancha de dos milímetros podría resistir el impacto de un proyectil de casi cuarenta centímetros de calibre. El uniforme de los soldados que custodian la factoría tiene un espesor de medio milímetro y, en total, no pesa más allá de tres o cuatro kilos, pero puede resistir sin dificultades los disparos de sus propios fusiles. Incluso aguantaría impactos de treinta milímetros.

—Y la fabricación de esos blindajes entra en los planes de Thrimoy,

¿con qué objeto?

—La conquista del resto de los planetas de este sistema solar —respondió Nelphia.

Shenn calló unos momentos, aturdido por las cifras mencionadas por la prisionera. Ahora empezaba a comprender algunas cosas que le habían resultado inexplicables hasta entonces.

Para despejar un poco su mente, decidió cambiar el tema de la conversación.

—Nelphia, ¿sería indiscreción preguntarte cuántos años tienes? —solicitó.

—Oh, en absoluto. El mes pasado cumplí, es un decir, los veintitrés —respondió ella.

—Eres joven. Seguramente tenías un rostro atractivo y una figura esbelta.

—No estaba mal, en efecto —admitió Nelphia.

—¿Color de tu pelo?

—Rubio, no muy claro. Digamos dorado oscuro. ¿Y tú?

—Negro. Tengo treinta y dos años y mido, medía mejor dicho, algo más del metro ochenta y cinco y pesaba ochenta kilos.

—Un tipazo —rió la joven—. Debías de tener mucho «gancho» para las mujeres.

—No puedo quejarme, Nelphia.

—Pasarán muchos años antes de que volvamos a ser como éramos, si lo conseguimos —dijo ella melancólicamente.

—¿Temes que Thrimoy no cumpla su palabra? —se estremeció Shenn de forma figurada, ya que no podía hacerlo físicamente.

— De ese canalla no te puedes fiar en absoluto. Si quieres que te diga la verdad, yo todavía no sé de nadie que haya vuelto a recobrar su cuerpo original. Es posible que haya ocurrido, pero, repito, ni yo ni nadie hemos visto todavía a un condenado que haya vuelto a su estado primitivo de ser humano.

Shenn oyó aquellas palabras y se sintió terriblemente deprimido, ¿le había engañado el doctor Lhixos cuando le dijo un día que recuperaría su cuerpo y volvería a ser el que había sido antes?

La existencia, en su actual situación, resultaría insoportable. Era preferible arrojarse a una de aquellas bocas ardientes que fundían el mineral para elaborar aquel extraño metal de tan singulares cualidades.

Por otra parte, recordaba el consejo de la doctora Varda Mossl. Buscar a Kroppf Ulz. Pero, ¿dónde estaba? ¿Quién era?

Resultaba prematuro todavía, pronunciar el nombre de Ulz. Debía aprender a ser paciente, porque la recomendación de Varda indicaba que había una conspiración en marcha para acabar con el régimen infinitamente tiránico de Thrimoy.

Y si era así, como todo daba a entender, convenía extremar las precauciones para evitar un fracaso que podía tener desastrosas consecuencias.

Convenía adquirir el máximo de detalles posibles, se dijo. Iba a hacer una pregunta a Nelphia, cuando de pronto se oyeron unos fuertes gritos.

El alguna parte sonó un fuerte estruendo. Shenn se puso en pie instintivamente sobre el pescante de la carretilla.

—¡Quieto! —ordenó Nelphia—, Lo que pase allí no te concierne.

—Ha ocurrido algo grave...

—Seguramente un accidente, pero los condenados no podemos intervenir; para eso están los capataces.

Varios hombres corrían hacia el lugar donde sonaban los gritos. A pesar de todo, Shenn pudo ver los brazos y las piernas de un hombre mecánico casi totalmente oculto por unos grandes bloques de mineral que habían caído sobre él.

El prisionero chillaba y _ se debatía como un poseso.

—Sugestión —dijo Nelphia—, Sólo percibimos sensaciones físicas en el cerebro. En el resto de nuestro cuerpo no sentimos el menor dolor.

—Entonces no debería gritar...

—Tal vez se lamenta porque adivina lo que va a suceder.

Los capataces apartaron aquellos pedruscos. Uno de ellos utilizó un pequeño transmisor portátil.

El accidentado continuaba quejándose. A los pocos momentos llegó un hombre, vestido con un uniforme de color blanco.

— El médico —dijo Nelphia.

—¿Humano?

—Sí.

El galeno se arrodilló junto al prisionero y lo examinó rápidamente. En menos de un minuto tuvo hecho su diagnóstico.

Se puso en pie y meneó la cabeza negativamente. Un horrible alarido brotó de! altavoz del prisionero, porque había comprendido lo que significaba el texto del médico.

—No tiene «cura» —dijo Nelphia sombríamente.

Los gritos del desgraciado eran horripilantes. Shenn comprendió que, pese a todo, el prisionero quería vivir, aunque fuese con su cuerpo metálico. El ansia de continuar vivo era más fuerte que cualquier otra consideración.

De pronto, uno de los capataces agarró un pedrusco y lo lanzó sobre el cráneo externamente metálico del condenado. Las quejas cesaron instantáneamente.

—Eso es una falta total de piedad...

—Quizá es todo lo contrario —cortó Nelphia—. Simplemente, le han privado del conocimiento, para evitarle sufrimientos en sus últimos instantes.

El cuerpo ya inmóvil del prisionero fue lanzado a una banda transportadora de mineral, cuyo movimiento no se había interrumpido un solo segundo. Con ojos morbosamente fascinados, Shenn siguió el viaje de aquel desdichado hasta la boca en llamas, por donde desapareció a los pocos momentos.

Alguien emitió un tonante ladrido:

—¡A trabajar!

Nelphia dio un ligero codazo al joven.

—Vamos —musitó—. Como dijo aquél, aquí no ha pasado nada.

Shenn conducía ahora la carretilla y la puso en movimiento. Mientras se acercaba a la tolva de descarga, levantó la vista y volvió la cabeza un poco para contemplar la gigantesca pantalla de televisión, de casi veinte metros de lado, en Ia que aparecía constantemente el rostro de Thrimoy.

—Espérame —dijo entre dientes—. Un día me daré el placer de retorcerte el pescuezo.

CAPITULO IV

Los días transcurrían monótonamente.

Terminada la tarea, los condenados eran recluidos en los barracones donde se alojaban, en el que cada uno disponía de su camastro. Pero no había nada más, porque en realidad no necesitaban nada.

El sueño, sin embargo, acudía regularmente, pero era una sensación extraña despertarse por Ia mañana y no tener que ir al baño, ni ducharse ni sentarse ante una mesa para desayunar.

El aburrimiento era Ia norma general, porque no podían hacer nada ni se les permitía salir del barracón, excepto para ir al trabajo. Sin embargo, se formaban corrillos donde se charlaba de todo lo divino y lo humano, y en los que incluso se contaban chistes. Shenn, al ver así a sus compañeros de infortunio, pensaba que el espíritu humano, en el fondo, era indomable, por más que un tirano hubiera reducido a unos cuantos millares de semejantes a la más horrible esclavitud.

' Si uno no se presentaba, Shenn no podía saber si se trataba de un hombre o una mujer. El aspecto de todos los condenados era absolutamente idéntico, como copias salidas de un mismo molde. Un

día, formuló a Nelphia una observación sobre dicho detalle:

—¿Por qué no nos «construyen» con formas diferentes?

—Economía —respondió ella—, Y también facilidad de construcción, para un mejor manejo de las máquinas que fabrican nuestros cuerpos.

—Como si fuéramos monedas, vamos.

— Exactamente, porque todos tenemos el mismo valor. 0Sabes cuánto valemos. Pier?

— Dímelo, por favor.

—Nada —dijo Nelphia amargamente.

Todavía, pese al tiempo transcurrido —varias semanas ya—, no se había atrevido Shenn a preguntar por Ulz. Conocía a bastantes de los prisioneros de su sección, pero ninguno de ellos respondía al nombre facilitado por la doctora Mossl. Debía ser paciente, aunque empezó a pensar que ya le convenía franquearse con Ia muchacha.

Cuando todavía no había resuelto sus dudas, cierto día, seis semanas después de su llegada a Ia fundición, le llamó uno de los capataces.

—¡Eh, tú, acércate! —ordenó.

Shenn conocía ahora los grados de los capataces, todos ellos vestidos con el traje verde con vivos rojos. Pero no sabía los nombres de ninguno de ellos, porque los capataces no lo decían en su diario contacto con los condenados. Sólo Armtros había hecho una excepción en lo que parecía ser una norma que se observaba escrupulosamente.

Aquel capataz ostentaba dos tiras rojas en la manga izquierda, lo que indicaba que pertenecía al segundo grado, todavía no un veterano, pero si un hombre con experiencia. Era un sujeto de mediana estatura, bajo, membrudo, de espesas cejas y mandíbula cuadrada.

Shenn tenía ahora su propia carretilla y la detuvo en el acto. Tras apearse, dio unos pasos en dirección al capataz.

—¿Señor?

—Hay una avería en una de las luces superiores de las chimeneas. Acompáñame —ordenó el capataz.

—Bien, señor.

El hombre echó a andar hacia uno de los extremos de la gigantesca construcción. En el camino se cruzó con un capataz de grado superior, a quien informó brevemente de lo que ocurría. El otro hizo un gesto de aquiescencia.

Al fondo había una puerta, que abierta permitió ver Ia caja de un ascensor. El capataz entró, seguido de Shenn, cerró Ia puerta y pulsó el botón de puesta en marcha.

El ascensor empezó a subir. Momentos después asomó al exterior y el joven pudo ver que se movía por unos carriles adosados a la estructura externa de una de aquellas colosales chimeneas, cuyo diámetro en la base no bajaba de los cincuenta metros.

A los sesenta metros de altura, Shenn pudo tender la vista a su alrededor y entonces contempló algo que le dejó estupefacto.

En todo cuanto alcanzaba la mirada no se veía una sola planta, un solo árbol, ni prácticamente imperfecciones del terreno. Al menos en aquella zona, la superficie del planeta era absolutamente lisa, de color gris claro, como si alguien hubiera extendido una capa metálica encima de un suelo previamente apasionado.

El único accidente que se divisaba era debido a la mano del hombre y se trataba de una línea férrea, cuyos rieles se perdían en el horizonte. Shenn sabía que el mineral era extraído de unos yacimientos, en los que también trabajaban prisioneros bionizados. Los convoyes de mineral constaban a veces de ochenta enormes vagones, remolcados por cuatro potentes locomotoras, lo que aseguraba un suministro ininterrumpido de matera prima a la fundición.

Un tren había descargado la víspera, regresando a continuación a su punto de origen. Al día siguiente llegaría otro. Shenn se preguntó si el convoy mineralero no sería un medio apropiado para emprender la fuga. Pero, ¿adónde ir con su cuerpo actual? ¿Quién le devolvía a su estado primitivo?

El ascensor se detuvo de pronto en una plataforma situada casi a cuatrocientos metros del suelo. El capataz salió fuera y se acercó al soporte de un enorme proyector.

—Ven aquí —dijo—. Soy Kroppf Ulz.

Shenn se quedó paralizado.

—Ulz —repitió.

—El mismo. Supongo que Varda te hablaría de mí.

—Sí, mencionó tu nombre cuando iba a anestesiarme.

—Una mujer de todas prendas —elogió el capataz, sin dejar de simular que trabajaba en las conexiones del reflector—. Bien, supongo que estarás dispuesto para actuar cuando se te indique.

—Desde luego, pero, ¿qué es lo que debo hacer?

—Está en marcha una conspiración para derrocar a Thrimoy y someterlo a juicio por los incontables crímenes que ha cometido. Pero, como comprenderás, Thrimoy tiene sus partidarios.

—Sí, me lo imagino.

—Por eso hemos de ser especialmente cuidadosos. No podemos correr el menor riesgo. Cuando ataquemos, ha de ser con la absoluta seguridad de triunfar. Un fracaso consolidaría a Thrimoy eternamente en su puesto.

—Cuando se habla de conspiración, resulta inevitable mencionar también una sublevación. Estoy dispuesto a unirme a los sublevados, aunque no sin conocer exactamente el papel que debo desempeñar. Tú me lo dirás, sin duda alguna.

—La residencia de Thrimoy está fuertemente protegida, cosa lógica. La síntesis del plan estriba en llegar allí e inutilizarla, junto con su estado mayor. Los soldados no se atreverían a cargar contra un pueblo que se nos uniría de inmediato.

—¿Estás seguro? Perdona que te Io diga, pero me siento escéptico. Sé de muchas sublevaciones en que los rebeldes creían contar con el pueblo y luego se llevaron una amarga sorpresa. La masa. Kroppf, te guste o no, es conformista y no se inclina demasiado a correr riesgos.

—En este caso, sí. Cualquier ciudadano, por el más leve delito, puede ser condenado a la bionización. ¿Sabes cuántos prisioneros hay en tu caso?

—Lo ignoro. Si he de juzgar por los que veo a diario, yo diría que

algunos centenares...

—Más de diez mil y ese número aumenta a diario. Muchos de los condenados son por motivos justos, pero, aun así, un hombre no debe perder su cuerpo. La dignidad humana, aun en el peor delincuente, debe ser respetada a toda costa.

—¿Es cierto que Thrimoy quiere lanzarse a una guerra de conquista y que por eso está equipando a su ejército con las armaduras hechas de «himet»''

—Sí —contestó Ulz—. A nosotros no nos interesa Ia guerra, no queremos conquistar ni subyugar otros planetas. Nos bastaría con la exportación de «himet», producto que no se consigue en otra parte que en Modz. El comercio es siempre mejor que la guerra, ¿no te parece?

—Mientras no se impongan condiciones exorbitantes —dijo Shenn con cierta sorna—. Cuando alguien tiene un producto del que carecen todos los demás, resulta inevitable venderlo a precios disparatados. Es decir, se especula con la necesidad ajena, Io cual en el fondo es otra forma de guerra.

—Posiblemente tengas razón —admitió el capataz—, pero, a fin de cuentas, el «himet» no es absolutamente indispensable. No es trigo, tú me comprendes.

—De acuerdo —contestó Shenn—. Y ahora, ¿cuál es mi papel? ¿Cuándo debo empezar a actuar?

—¿Cuándo te llega la señal?

—(.Qué señal?

Ulz suspendió su trabajo y se volvió hacia el joven.

—Lo sabes muy bien. El Gobierno de la Tierra está dispuesto a intervenir para acabar con esta situación. Por eso nos envió un agente, que nos comunicaría el momento propicio para iniciar la rebelión. En el momento en que recibas la señal sabremos que tu Gobierno está dispuesto a intervenir en Modz.

—Kroppf, sospecho que te equivocas. Yo no soy el agente que esperáis —dijo Shenn tranquilamente.

Ulz respingó.

—Pero te detuvieron por espía…

—Lo sé —dijo el joven amargamente—. Demasiado sé los motivos por los que me condenaron Pero fue un error y el tribunal no quiso admitir mi inocencia.

—¡Por todos los diablos! —juró el capataz—, ¿Cómo rayos ha podido producirse semejante confusión? ¿A quién se debe tan estúpido error?

—Ulz, creo que conozco las causas —respondió Shenn—. Cuando vine a Modz me asignaron un camarote doble. La otra litera estaba ocupada por un periodista, que falleció de un ataque cardíaco más o menos a mitad de trayecto. De acuerdo con lo acostumbrado, el capitán se hizo cargo de todos sus efectos y luego ordenó lanzar el cuerpo al espacio. Triturado, por supuesto, es decir, reducido a polvillo cósmico, ya que no se podía incinerar en el interior de la astronave.

Ulz parecía sentirse abrumado por aquella revelación. Shenn casi le compadeció.

—Entonces, ¿qué hacemos? —murmuró Ulz.

—Lo siento. Yo estoy dispuesto a ayudaros en la medida de mis fuerzas, aunque no sea más que por recuperar mi cuerpo.

—El día que nos rebelemos tendremos que actuar con el máximo de rapidez. Porque si no nos damos prisa Thrimoy tiene en su residencia un dispositivo mediante el cual puede destruir todos los cuerpos de los condenados de un solo golpe.

Shenn se sintió aterrado al conocer aquella horrible noticia.

—¿Crees que sería capaz de hacer una cosa semejante? —preguntó.

Ulz hizo un gesto con Ia mano.

—Vamos abajo —contestó—. Ya pensaré en algo y te diré lo que sea. Ah, desde luego, sí; Thrimoy es capaz de destruir diez mil cuerpos humanos con la misma tranquilidad que aplastaría de un manotazo una mosca incómoda.

* * *

Shenn decidió que no podía dejar pasar más tiempo y decidió confiarse a Nelphia.

Esperó el momento propicio y casi provocó un choque de las carretillas que conducían ambos. Detuvo la suya, se apeó y se inclinó un poco, simulando examinar una de las ruedas del vehículo que tripulaba la muchacha.

—Nelphia, tengo que hablar contigo —dijo en voz baja.

—¿Ahora? —preguntó ella.

—Luego, durante el descanso. ¿Puedes acostarte conmigo?

Nelphia rió amargamente.

—En otros tiempos te habría dado una buena bofetada —repuso.

—En otros tiempos quizá te lo habría pedido de una manera muy distinta —dijo él.

—¿Cómo, Pier?

—Buscando tu compañía, invitándote a cenar, enviándote flores y bombones... Al menos, así se hace en la Tierra, todavía al cabo de los siglos.

—También se pide a la dama en matrimonio.

—Sí, claro. Pero ahora, ¿qué podemos sentir con este cuerpo?

—Será mejor que sigamos adelante. Veo a un capataz que nos mira con muy malos ojos. Pier. Me acostaré contigo a Ia hora del descanso —prometió Nelphia.

La joven se dispuso a reanudar su tarea. Shenn volvió a su carretilla. Pero ninguno de los dos pudo poner en marcha su vehículo.

En alguna parte, no lejos del lugar en que se hallaban, se oyó un terrible grito de pánico.

CAPITULO V

Shenn y Nelphia volvieron la vista al mismo tiempo. A unos treinta pasos de distancia, un hombre mecánico forcejeaba con cuatro robustos capataces, debatiéndose con la fuerza que le daba la desesperación producida por unos motivos que resultaban momentáneamente incomprensibles para los demás. Casi en el mismo instante, Armtros, el jefe de capataces, hizo su aparición.

—¡Escuchad todos! —gritó con voz tonante—. El prisionero que estáis viendo intentó fugarse hace un par de días. Mejor dicho, consumó la fuga, aunque pudo ser capturado a tiempo de evitar que cometiera un crimen reprobable por todos los conceptos.

—¡Mentira! —aulló el prisionero—. ¡Matar a Thrimoy no es un crimen; es justicia!

—Esa es tu opinión y difiere radicalmente de la de toda persona honesta y respetuosa de la ley —contestó Armtros sin alterarse—. Naturalmente, ciertos delitos tienen su castigo específico; no es suficiente con unas cuantas descargas de dolor al cerebro. Y ese castigo va a tener lugar ahora mismo.

Los duros ojos de Armtros se clavaron en el inexpresivo rostro de! prisionero.

—Conoces el reglamento —añadió—. La fuga, o el intento de fuga, tienen una pena: la destrucción de tu cuerpo orgánico, que se va a ejecutar inmediatamente.

Armtros hizo un amplio ademán con el brazo izquierdo. En la pantalla gigante desapareció de pronto el rostro de Thrimoy, el supremo protector.

Dos hombres, vestidos con el uniforme de los guardias de Thrimoy, aparecieron en imagen, conduciendo una camilla con ruedas, sobre la que yacía un cuerpo humano totalmente desnudo.

El cuerpo aparecía completo, a excepción de los ojos, que habían sido sustituidos por unas semiesferas negras, situadas sobre las cuencas ahora vacías. Al ver la escena, el prisionero lanzó un grito desgarrador:

—¡Ese soy yo! ¡Devolvedme mi cuerpo', miserables!

—Pides algo imposible —contestó Armtros fríamente.

El cuerpo del condenado fue colocado sobre una especie de túmulo, hecho de un bloque de algo sólido. La camilla fue apartada a un lado.

Entonces ocurrió algo horripilante.

Los dos guardias empuñaron lo que parecía unos alfanjes gigantescos y empezaron a descargar tajos sobre el cuerpo humano. Shenn sintió un extraño vértigo al contemplar aquella repugnante escena.

Si hubiese tenido su cuerpo orgánico habría vomitado, pensó. Impasibles los dos soldados continuaron descargando golpes, hasta reducir el cuerpo del prisionero a un macabro montón de trozos de carne, que ya habían perdido toda forma humana.

Extrañamente, el prisionero pareció calmarse al contemplar la escena de la destrucción de su propio cuerpo.

—Armtros, quiero pedirte algo —manifestó.

—Si está en mi mano... —respondió el interpelado.

—Sí, puedes concederlo. Lo que ha sucedido está de acuerdo con la ley. Pero ésta dice que si un condenado, por las causas que sean, pierde su cuerpo original, puede pedir su autoeliminación.

—Desde luego. ¿Quieres autoeliminarte?

—En un alto horno. Será lo más rápido.

—Concedido —dijo Armtros—. A ver, dos de vosotros, que le acompañen.

El prisionero echó a andar, flanqueado por dos de los capataces. Momentos después llegaban a una de las aberturas por donde era lanzado el mineral al horno de fusión.

Shenn .y Nelphia contemplaban la escena en completa inmovilidad, lo mismo que el resto de los condenados. Repentinamente, el prisionero lanzó una estridente carcajada.

—¡No me iré solo al infierno! —aulló.

Y, súbitamente, agarró a los dos capataces por los brazos y saltó hacia adelante.

Se oyeron unos chillidos espantosos, pero duraron muy poco. La abertura era lo suficientemente grande para que tres hombres pasaran sin dificultades a su través. Los alaridos de pánico de los capataces se apagaron instantáneamente en el infierno que bramaba al otro lado del hueco.

Armtros lanzó una maldición en voz baja. Luego se encogió de hombros.

—¡Imbéciles! —apostrofó a sus dos subordinados, como si pudieran oírle. Luego movió una mano—: ¡Vamos, el trabajo debe continuar! ¡A trabajar, a trabajar, a trabajar…!

Shenn y la muchacha cambiaron una mirada, en la que se reflejaba tanto la impotencia como la ira. Pero no podían hacer nada.

«Somos unos esclavos y nuestras vidas no valen absolutamente nada», pensó, con el ánimo rebosante de amargura.

* * *

—Y eso es todo lo que hay —dijo Shenn, bastantes horas más tarde, al terminar de relatar a Nelphia su conversación con Ulz—. Ciertamente, la Tierra envidiaba a un agente, pero yo no lo soy y como me confundieron con él fui condenado a quince años de vida dentro de este cuerpo.

Los camastros eran estrechos, pero permitían la estancia de dos cuerpos con ciertos agobios de espacio. A veces, algunos condenados se acostaban juntos para charlar de sus asuntos particulares, cuando no querían que otros escuchasen su conversación. Shenn había aprovechado aquella circunstancia para invitar a la muchacha a compartir su lecho.

—Una conspiración —repitió ella pensativamente—. No creo que tenga muchas posibilidades de éxito, aunque valdría la pena intentarlo. Todo, menos continuar en nuestra actual situación.

—Porque no es seguro que el protector nos devuelva nuestros cuerpos, ¿verdad?

—Ya te dije que no me fiaba de él en ese aspecto. Ni en ningún

otro, claro. En Modz no se vivirá tranquilamente hasta que ese monstruo haya sido eliminado.

—Lo veo difícil, por no decir imposible. ¿Se te ocurre' a ti alguna idea? Contamos con alguien de valor entre los capataces y quizá...

—El principal problema estriba en anular el dispositivo de destrucción total de nuestros cuerpos —dijo Nelphia—. Es de suponer que Thrimoy lo guarde en algún lugar muy bien protegido, y a la menor sospecha, o simplemente si se viera en peligro, haría funcionar ese dispositivo. ¿Sabe Ulz dónde está?

—Yo sí lo sé —dijo de pronto el prisionero que estaba acostado en la cama contigua.

Shenn y la muchacha volvieron la cabeza al mismo tiempo, enormemente sorprendidos por aquellas palabras.

—Nos has estado escuchando —rezongó Shenn.

—No hablabais lo suficientemente bajo y, además, habéis olvidado la sensibilidad de los circuitos auditivos. Habláis en el tono bajo que emplearían dos humanos normales, pero aún podéis bajar más el volumen de vuestras voces. Os conviene, si no queréis recibir algún disgusto de los gordos.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó Shenn.

Puesto que todos los rostros eran iguales no podía diferenciar al prisionero de los demás, salvo por la matrícula grabada en el pecho. Pero había muchas y resultaba punto menos que imposible retenerlas todas en la memoria.

—Espera un momento —pidió Nelphia—, Ha dicho que sabe dónde tiene Thrimoy el dispositivo de destrucción total. ¿Por qué no te explicas?

—Es muy sencillo. Lo sé porque yo soy el inventor de este malhadado cuerpo en que ahora me muevo.

Pese a su estado, Nelphia no pudo por menos de incorporarse ligeramente en su camastro.

—El inventor fue el doctor Maphin Jeffud —dijo.

—Yo soy el doctor Jeffud —afirmó el prisionero.

— Pero... eso es imposible. ¿Cómo han podido hacerle a usted una faena semejante, doctor? —se asombró la muchacha.

— Es bien sencillo: me negué a cooperar con el protector y éste, secretamente por supuesto, me condenó a la pena de bionización perpetua. Sí, para siempre, tal como suena,

—Vivir eternamente con este cuerpo mecánico... —se espantó Shenn.

— Eternamente es una palabra impropia. El cerebro humano, esté o no dentro de su cráneo, no puede vivir siempre. Algún día moriré —contestó Jeffud tranquilamente.

—Veamos, doctor —dijo la muchacha—. Thrimoy le condenó a usted...

—Muchos piensan que soy el inventor de estos cuerpos. Es una verdad sólo en parte. Lo que realmente yo inventé fueron las prótesis de miembros perdidos en accidente, brazos o piernas sobre todo, que podrían moverse con la ayuda de diminutos servomotores, por medio de la energía producida por el cerebro. Hice, es cierto, algunos experimentos con animales, construyendo cuerpos mecánicos, salvo su cerebro, y entonces fue cuando el protector se apropió de la idea para llevarla a la práctica con cuerpos humanos.

—Usted se negó...

—Y mi ayudante principal, un miserable llamado Lhixos, que sabía hacerlo tan bien como yo, se aprovechó de la situación para escalar puestos, conseguir honores y demás.

—A usted Io condenaron a bionización perpetua, pero ¿no protestó? ¿No intentó rebelarse? ¿Tuvo ocasión de defenderse en el juicio? —preguntó Shenn.

—Primero, no hubo juicio. Mi situación actual es fruto de una orden directa de Thrimoy. Segundo, me resigné cuando amenazaron con bionizar también a mi esposa. Preferí evitar que le causaran daño, porque sé que algún día acabaremos con esta situación —respondió Jeffud.

—También utiliza rehenes —murmuró el joven.

—Ese canalla emplea cualquier método con tal de conseguir sus propósitos. Nada le detiene; la ley, hoy día en Modz, es su palabra.

—Doctor, ¿ha oído hablar usted de cierta conspiración?

—He oído hablar en más de una ocasión, pero ninguna tuvo éxito.

—Ahora parece que la cosa va en serio. Por lo menos yo conozco a dos conspiradores que. me parece, quieren llevar a cabo unos planes con seguridad de éxito. Uno de los conspiradores es precisamente, ayudante de Lhixos.

—¿La doctora Mossl? Una hermosa mujer y un cerebro privilegiado —declaró Jeffud—. También se opuso a los de-' seos del protector, pero curiosamente fue Lhixos quien Ia protegió de la bionización.

—¿Por qué?

—No todas las personas tienen la misma fortaleza de ánimo, muchacho. En ciertos aspectos, Varda es un tanto débil y prefirió ceder.

—Ceder, ¿a qué, doctor? —preguntó Nelphia ingenuamente.

Jeffud simuló un carraspeo, que no podía realizar en su estado actual. Shenn rió suavemente.

—Ahora deberías ponerte colorada, Nelphia —dijo.

—Soy una tonta —contestó la muchacha—. Debí haberme imaginado el precio de la «protección» de Lhixos.

—En resumidas cuentas, doctor, ¿qué opina usted de la sublevación?

—Sublevarse es fácil El problema estriba en evitar que Thrimoy accione el dispositivo que puede destruir diez mil cuerpos a la vez.

—No será fácil —admitió el joven—. Pero si usted, doctor. me indicase dónde está ese aparatito yo le transmitiría la noticia al hombre de confianza de Varda y éste, a su vez...

—Esperemos —respondió Jeffud—. Antes de dar un solo paso prefiero conocer a fondo los planes de los conspiradores. Oh, ya sé que el protector y su corte deben ser neutralizados, pero es preciso saber cómo se ha de hacer. Me comprendéis, ¿no es cierto?

—Desde luego, doctor. Ya hablaré yo con Ulz y le comunicaré sus intenciones. Después le traeré su respuesta y usted podrá hacer una evaluación global del problema. ¿Le parece bien?

—Perfectamente, muchacho.

Shenn buscó la mano metálica de la muchacha y la oprimió suavemente.

Nelphia volvió la cabeza. El joven creyó captar en su mirada Ia sombra de una sonrisa.

—Recobraremos nuestros cuerpos —dijo él, firmemente convencido de un porvenir infinitamente mejor.

* * *

El capataz lanzó un grito furioso, apostrofando crudamente al inexperto conductor de la carretilla.

—¡Maldito idiota! ¡Has estado a punto de aplastarme un pie con esa piedra que se ha desprendido de tu vehículo! ¿Es que no sabes revisar la carga antes de llevarla a su sitio?

Shenn, sorprendido, detuvo la marcha de su carretilla. Ulz se le acercaba con un enorme trozo de mineral en las manos.

—Perdón, señor —dijo el joven—. No me di cuenta...

—Descarga este cacharro y vuelve aquí. Ese maldito proyector vuelve a fallar. ¿Me oyes?

—Sí, señor.

Minutos más tarde, Shenn y Ulz estaban en el punto más alto de la misma chimenea. Ulz se aplicó a revisar las conexiones, mientras el joven sostenía con ambas manos una pequeña caja de herramientas.

—Tengo noticias —dijo el capataz.

—¿Son buenas?

—No son malas, que ya es bastante. Tienes razón; no eras el agente de la Tierra.

—Acaba usted de inventar la rueda —dijo Shenn sarcásticamente —. ¿Qué más?

— El momento se acerca. Estamos a punto de averiguar dónde tiene el protector el aparato de destrucción de los cuerpos de sus prisioneros.

—Yo también puedo conseguirlo, quizá hoy mismo.

Ulz se volvió vivamente hacia el joven.

—No te burles de mí. En esta situación, no me gustan las bromas.

—No es ninguna broma. He hablado con alguien que lo sabe.

—¿De veras?

—¿Quiere que se lo jure?

— Muy bien, dime quién es, según tú, el que puede proporcionarte ese secreto tan bien guardado.

—El doctor Jeffud, naturalmente. He hablado con él y...

El rostro de Ulz se volvió gris instantáneamente.

—¡Maldición! No puede ser; el doctor Jeffud murió hace varios meses —exclamó.

CAPITULO VI

Shenn se quedó anonadado al escuchar aquellas palabras.

—Pero... yo he hablado con él...

—Tiene que ser un impostor, un espía de Thrimoy —aseguró Ulz.

—Imposible. Ningún espía admitiría ser bionizado sólo para conseguir informes que pueden adquirirse por otros medios...

—Si Varda no te hubiera dicho mi nombre, no te habrías fiado de mí, ¿verdad?

—Desde luego.

—Pero en cambio sí has confiado en un compañero de condena.

—¿Cómo diablos podía suponer yo que…?

—Escucha, Thrimoy es un sujeto muy astuto, rebosante de imaginación y capaz de los mayores trucos con tal de conseguir sus propósitos. Si quería meter aquí a un espía bionizado, ten por seguro que lo ha hecho así.

—Pero ese tipo podía suponer que yo conocía la muerte del doctor Jeffud —alegó el joven.

—No. Es uno de los secretos mejor guardados del protector y sólo lo saben unas cuantas personas, Varda una de ellas, naturalmente.

—¿Cómo se deshicieron de Jeffud? —inquirió Shenn.

—Oh, de la forma más simple que puedas imaginarte. Lhixos lo anestesió, pillándolo por sorpresa, y luego metió su cuerpo en una funda de metal, idéntica a la tuya. Ese condenado, que había perdido el conocimiento a causa de una descarga de dolor en su cerebro, fue lanzado a un alto horno y allí se convirtió en humo y cenizas.

—Voy entendiendo —dijo el joven rabiosamente—. De modo que ese espía se dejó bionizar…

—Puedes darlo por seguro. ¿Conoces siquiera su matrícula?

Sin saber por qué, Shenn dio una respuesta negativa:

—No, no la recuerdo.

—Está bien. Procura ponerte en contacto con él. No dejes traslucir que conoces la muerte del doctor Jeffud. Cuando lo hayas hecho, memoriza su matrícula y ven a decírmelo. ¿Lo has entendido?

—Sí, desde luego.

—Eso es todo. Anda, vamos abajo nuevamente.

Ulz dio unos pasos hacia el ascensor, pero de pronto se detuvo y miró al joven inquisitivamente.

—Pier, dime, ¿has mencionado mi nombre al espía?

Shenn se quedó parado.

—Lo siento —contestó.

Ulz emitió una amarga maldición. Luego hizo un gesto con la mano.

—Regresemos —dijo—. Una ventaja tenemos sobre el espía: tiene que comunicarse directamente con el protector, pasando incluso por encima de Armtros. Y puesto que tiene que desempeñar fielmente el papel de condenado, no tendrá demasiadas facilidades para informar de lo que ha descubierto.

—Puede disponer de un transmisor individual...

—No. Un condenado no tiene transmisores de radio de ninguna clase. Tendrá que comunicare con el protector de alguna forma y no creo que lo haya logrado todavía.

—Se me ocurre una cosa —dijo el joven—. Es muy probable que quiera averiguar más detalles, antes de emitir un informe completo que permita a Thrimoy actuar sobre seguro. Por tanto, disponemos todavía de un pequeño margen .que puede evitarnos los riesgos.

—Es muy posible. De todos modos vamos a ver si lo arreglamos, cosa que dudo mucho... Porque si no lo conseguimos, ya podemos despedirnos de este perro mundo, te lo garantizo, Pier Shenn.

Mientras bajaba, Shenn se dijo que había sido un ingenuo al dejarse engañar por el espía del protector. La furia hirvió en su cerebro.

—Como pueda, te ajustaré las cuentas, canalla —murmuró, dirigiéndose a un hombre que no podía oírle en aquellos momentos.

* * *

—¿Quieres acostarte conmigo? —invitó Shenn horas más tarde.

—Será un placer —accedió Nelphia.

La muchacha lanzó una risita a través de su altavoz.

—Me pides que me vaya a la cama contigo, yo te digo que con mucho gusto... y lo único que podemos hacer es juntar unas manos

que carecen del sentido del tacto. ¿No resulta sarcástico, Pier?

—Una sangrienta ironía —convino él. a la vez que se tendía en el lecho—. Tengo que decirte algo muy importante.

—Te escucho —contestó ella.

—Hola, muchachos. ¿Cómo estáis? —sonó de pronto una voz en el camastro contiguo.

—¿Qué tal, doctor Jeffud? —saludó la muchacha.

— Este cerdo que tenemos al lado no es Jeffud. El auténtico doctor Jeffud fue asesinado hace varios meses.

Shenn se arrepintió inmediatamente de pronunciadas aquellas frases, pero ya era tarde. El espía, que se había tendido en Ia cama, se sentó como impulsado por un resorte.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó, fingiendo jovialidad—, ¿Te has vuelto loco?

El joven pensó que ya no podía volverse atrás. Aunque diese toda clase de disculpas, el agente de Thrimoy no le creería. Shenn ignoraba la forma en que se comunicaba con el protector, pero no tenía la menor duda de que ahora se daría por emitir su informe y anunciar que había sido descubierto.

—Lo dicho, dicho queda —respondió, a la vez que empezaba a levantarse.

Nelphia, por su parte, también pensó que Shenn desvariaba, pero luego presintió que había dicho la verdad. El espía abandonó su camastro.

—No tan de prisa —dijo el joven, alargando la mano hacia el otro.

El espía intentó rechazarlo. Shenn perdió por un instante el control de su mente y disparó el puño derecho con toda su potencia.

Fue un golpe que le sorprendió a él mismo, porque no se había creído capaz de tener una fuerza semejante, aunque proviniera de su cuerpo mecánico. Alcanzado de lleno en el pecho, el espía voló cuatro o cinco metros por el aire antes de caer al suelo y quedarse completamente inmóvil.

En el barracón sonaron algunas voces de alarma. Sin hacer caso de

los excitados comentarios que brotaban por todas partes. Shenn contempló estupefacto el hoyo que su golpe había causado en el tórax metálico del espía.

Era una abolladura de unos quince centímetros de diámetro, por cuatro o cinco de profundidad, situada a la altura del corazón de una persona. Durante unos segundos, Shenn permaneció inmóvil, rígido, sin acabar de entrar por completo en la situación que su arranque de ira acababa de causarle.

De pronto, Nelphia lanzó una exclamación:

—¡ Está muerto!

—No puede ser... Es un bionizado, como nosotros.

En medio de la expectación general, Shenn se acercó al caído y le contempló unos instantes. Súbitamente, recordó algo que le había dicho Ulz acerca de la forma en que había sido asesinado el doctor Jeffud.

Arrodillándose junto al caído, tanteó el metal de su cuerpo. De pronto, hizo fuerza con las yemas de los dedos.

Se oyó un crujido. El metal se desgarró.

Shenn tiró a ambos lados. La carne de un auténtico cuerpo humano quedó al descubierto.

—¡Es un ser humano! —gritaron algunos.

—Un espía —puntualizó Shenn.

Nelphia se sentía aterrada.

—¿Qué será ahora de nosotros? —se lamentó.

Uno de los condenados se acercó al espía y se arrodilló para examinarlo atentamente.

—En mi figura original, yo era médico —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego aquel hombre se puso en pie:

—Un golpe demasiado fuerte. Si le hiciéramos la autopsia veríamos que tiene el corazón aplastado.

—Pero el metal... —balbuceó Shenn.

— Es una capa muy delgada, una simulación tan sólo. Tu golpe resultó demasiado potente —explicó el médico.

Y en aquel momento se abrió la puerta del barracón y entraron varios capataces, todos ellos provistos de los bastoneaos que podían emitir ondas de dolor.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —gritaron—. Vamos, vamos...

Shenn recordó, demasiado tarde, que había cámaras de televisión que vigilaban los movimientos de los condenados. Había quebrantado las normas y, se dijo, debía cargar con la responsabilidad de su acción.

—He sido yo —declaró.

Uno de los capataces le dirigió una dura mirada.

—No lo vas a pasar bien, muchacho —dijo.

Ulz entró en aquel instante. Vio al caído y en el acto comprendió Io que había sucedido.

Shenn le miró y supo que Ulz no podría hacer nada por él. Resignado, pero sereno, dio un paso hacia adelante.

—Estoy dispuesto a recibir mi castigo —declaró.

—Te llevaremos a presencia de Armtros —dijo uno de los capataces, a la vez que tendía la mano hacia el joven.

—Yo me encargaré de ello —exclamó Ulz—, Vamos, muchacho, ven conmigo y no opongas resistencia o te freiré el cerebro con ondas de dolor.

—No pienso resistirme...

Súbitamente, Nelphia dio un paso hacia adelante.

—¡Yo iré también! Soy tan culpable como él y merezco recibir el mismo castigo —exclamó.

Hubo un momento de desconcierto entre los capataces. Al fin, Ulz acabó con aquella situación, encogiéndose de hombros.

—Si tienes ganas de acabar en un alto horno, es cosa tuya, chica —dijo.

Cuando salían del barracón, Ulz lanzó un violento apostrofe al joven:

—¡Imbécil! Has estado a punto de estropearlo todo. ¿Por qué tuviste que matar al espía? No sé si podremos arreglarlo...

—Ya me da igual todo lo que me pueda suceder —contestó el joven, no menos malhumoradamente—. Estoy harto de mi cuerpo, harto de trabajar como una bestia, harto de vivir en un mundo sin piedad...

—Vivir en un mundo sin piedad es mejor que no vivir en ninguna parte —replicó Ulz coléricamente.

* * *

—Esto es lo que ha hecho el prisionero —dijo Ulz—. La decisión, por tanto, está en tus manos.

Armtros miró sucesivamente a los dos condenados que tenía frente a sí. Luego se rascó el mentón con aire perplejo.

—Para ese crimen hay un solo castigo —dijo al cabo.

—La destrucción de nuestros cuerpos —murmuró Nelphia.

—Estoy resignado a recibir ese castigo, pero ella es absolutamente inocente —dijo Shenn con gran vehemencia—. Déjala volver a su barracón.

—¿Me permites, Armtros? —intervino Ulz—. El prisionero es hombre muy acaudalado. Tal vez se podría arreglar este problema sin recurrir a soluciones irremediables.

Shenn se sintió sorprendido al oír aquellas palabras. ¿De dónde se había sacado Ulz que era un hombre rico? Pero, claro, los conspiradores debían de tener fondos para sus acciones...

Armtros meneó la cabeza lentamente.

—No —rechazó la oferta—. Lo siento, no puede ser. El muerto era un agente del protector y sin duda sabía que estaba aquí. Cuando eche en falta sus informes pedirá que se investigue. Eso podría costarme el puesto. Lo siento, pero tendré que comunicar lo sucedido.

La puerta se abrió en aquel momento y una hermosa joven entró con una bandeja en las manos.

Osix sonrió con gran dulzura.

—Armtros no dirá nada, podéis tenerlo por seguro —exclamó sorprendentemente.

—¡Muchacha, no te metas en lo que no te importa! —bramó el jefe de capataces.

Pero Osix no le hizo caso y se volvió hacia los otros.

—Yo tenía que ser ahora una mujer biónica. Armtros me trajo aquí, sin pasar por el laboratorio de Lhixos. Si esto se supiera, si el protector se enterase de que uno de los prisioneros sigue con su cuerpo original, sólo para que un hombre de su confianza pueda satisfacer sus caprichos, ordenaría que arrojasen inmediatamente a ese hombre a uno de los altos hornos. —Osix se volvió hacia el aturdido individuo—. ¿Verdad que Io arreglarás todo, queridito?

En el rostro de Armtros aparecieron de repente todos los colores del arco iris. Shenn quiso sonreír, pero recordó bruscamente que tenía un rostro en el que no cabía la menor expresión.

—Eh… Bueno, yo… Haré lo que pueda, pero no va a ser fácil tapar el asunto. El muerto era un agente de Thrimoy y cuando éste sepa que no puede contar con él… Me pedirá un informe. ¿Qué demonios le contesto yo? —terminó Armtros con un bramido en el que había mucho más pánico que ira.

—¿Me permites? —rogó Ulz. a la vez que daba un paso hacia adelante.

—Habla —invitó Armtros.

—En los seres biónicos que trabajan aquí no se han suprimido ninguno de sus sentimientos. No hace muchos días, un prisionero intentó fugarse y lo hizo porque sentía el ansia de ser libre. Otro sufrió un grave accidente y pedía que no lo arrojaran a los hornos.

—Sí, el cerebro continúa intacto. ¿Y...?

—En tal caso, ese cerebro sigue concibiendo sentimientos de toda índole: afecto, simpatía, desdén... y odio.

—Si ese odio se dirige al supremo protector es injustificado, porque Thrimoy es todo bondad.

—Sí, sí, ya lo sabemos —cortó Ulz con sorna—. Pero yo me refería a sentimientos de hostilidad entre dos prisioneros. Uno de ellos golpeó al otro y dio Ia casualidad de que la víctima era el agente de Thrimoy. Claro que tú le dirás que era un humano disfrazado y que te resulta incomprensible... El protector no dirá nada, puedes tenerlo por seguro.

—Exigirá el castigo del culpable —alegó Armtros.

— Dile que la pelea ocurrió entre dos condenados y que el acusado no intentó en ningún momento manifestaciones hostiles contra sus guardianes.

—Tú sabrás encontrar unas disculpa —terció Osix suavemente.

Armtros se pasó una mano por la cara.

—Está bien, veré lo que puedo hacer —masculló—. Pero a ti, Osix, te ajustaré las cuentas algún día...

—Lo haces a diario —contestó ella.

Hubo un instante de silencio. Luego Armtros volvió el rostro hacia Shenn.

—Se sabe que hay una conspiración contra el protector. Diré que sospeché que el muerto era un posible conspirador que se introdujo aquí con objeto de ponerse en contacto con algunos cómplices, cuyos nombres trato de averiguar.

-—Muy bien ideado —aplaudió Osix—. Puedes decirle Io mismo a los otros capataces; de este modo no sospecharán nada cuando vean que perdonas la vida a Pier.

—Conforme, no se hable más. —El puño de Armtros golpeó la mesa —. Y tú chica, ten la boca cerrada, ¿entendido?

—Callaré mientras tú cumplas tu palabra —respondió la muchacha con un gracioso ademán de aquiescencia.

CAPITULO VII

Una vez fuera del despacho, Osix tuvo que apoyarse en una pared, con los ojos cerrados y el pecho agitado por una violenta respiración. Shenn apreció que la joven aparecía terriblemente pálida.

—Ese cerdo de Armtros... —jadeó ella—. Cada vez que una de sus manos roza mi piel siento náuseas.

Nelphia se acercó a la joven y la miró con simpatía.

—Esto no durará eternamente.—aseguró—. Un día u otro terminará esta vejatoria situación y tú volverás a ser libre.

—No fui valiente y cedí cuando me propusieron... —Osix trató de sonreír—. Supongo que me comprendéis —agregó.

—No te preocupes —dijo Shenn, a la vez que se volvía hacia el capataz—. Lo peor de todo es que ahora no sabemos dónde tiene Thrimoy el dispositivo de destrucción de los cuerpos de sus prisioneros.

—Sin ese dispositivo no podemos hacer nada —confesó Ulz—, Sí, se podría iniciar Ia sublevación, pero pensamos en miles de personas que no volverían jamás a recobrar sus cuerpos originales. No podemos actuar con la misma crueldad que Thrimoy.

—¿A qué dispositivo os referís? —preguntó Osix.

Shenn le explicó de qué se trataba. Osix puso cara de sorpresa.

—Pero si yo sé... Bueno, creo que es...

—A ver, habla —pidió Nelphia con avidez.

—Hace un año yo formaba parte del servicio personal de Thrimoy. Le vi muchas veces con muy poca ropa y hasta incluso sin ropa. Cuando está en sus habitaciones privadas no se preocupa de la indumentaria, aunque haya gente delante. Una cosa que jamás se quitó de encima, ni siquiera cuando tenía a una mujer a su lado, era algo que parecía un gran medallón, pendiente de su cuello por una

cadena de oro.

—¿Estás segura? —inquirió Ulz.

—Puede que eso no sea el dispositivo destructor, pero á estoy en condiciones de afirmar que no se lo quita jamás, ni siquiera para bañarse. A veces me pedía que le frotase la espalda.

—¿Cómo viniste a parar aquí? —quiso saber Nelphia.

El hermoso semblante de Osix se oscureció.

—Mi hermano fue condenado a la bionización por un delito sin importancia. Quiso evitarlo y luchó con todas sus fuerzas contra los guardiasˆ y éstos lo mataron. Cuando yo lo supe traté de matar a Thrimoy, pero la mano me tembló...

—No sigas —cortó Nelphia al observar la agitación que poseía a la otra joven—. Nos imaginamos el resto.

—De modo que ese medallón, según tú, es el dispositivo que puede destruir en un santiamén unos cuantos miles de cuerpos humanos —dijo Shenn.

—Creo que es, aunque no puedo asegurar nada. Digo lo que he visto, no sé más.

—Sí, tiene que ser —intervino Ulz pensativamente—. Thrimoy es horriblemente desconfiado y no dejaría ese chisme en cualquier parte, expuesto a que alguien se lo quitase.

—Sea lo que fuere, es muy sólido. A veces pienso que si no hubiese llevado el medallón yo habría conseguido darle muerte.

—¿Cómo es eso? —exclamó Shenn.

—Traté de apuñalarle, pero mi mano temblaba. Aun así, conseguí asestarle un golpe. Entonces, la punta del cuchillo rebotó en el medallón...

—Es lo mismo —dijo Ulz—, Yo me pondré hoy mismo en contacto con mis amigos y trataré de que confirmen lo que ha dicho Osix. Vosotros dos, volved al barracón y procurad ser más prudentes en la próxima ocasión.

—Está bien; vamos, Nelphia. Osix, gracias por lo que has hecho en nuestro favor.

—No podía permitir que os causaran el menor daño, porque sé que vosotros sois el núcleo de la conspiración que acabará con ese maldito protector —contestó la muchacha rabiosamente.

—Es lo que todos deseamos —convino Shenn.

Ulz los acompañó hasta el barracón.

—Tendréis noticias mías muy pronto —se despidió.

Pese a todo, Nelphia se sentía muy pesimista.

—Pier, ¿cómo acabará todo esto? —preguntó afligidamente.

—Costará mucho esfuerzo, pero seremos libres —aseguró él.

—¿Tal como estamos ahora o con nuestros propios cuerpos?

Shenn no se atrevió a formular una profecía.

Sería horrible que, aun triunfando la conspiración, Thrimoy consiguiera destruir los cuerpos de sus víctimas. Toda una vida con un cuerpo mecánico…

«No podría soportarlo», pensó.

—Con nuestros propios cuerpos —respondió al cabo, más por dar ánimos a la muchacha que por convicción propia.

* * *

Mientras llenaba la tolva de su carretilla con el mineral, observó el tren que había llegado hacía poco a la fundición.

Era un convoy de dimensiones gigantescas, como todo lo que había en aquel lugar. La vía tenía un ancho superior a los dos metros, lo que hacía que el de los vagones fuese de cinco, aproximadamente. La longitud de cada vagón era de unos cuarenta metros y se movía apoyado en tres «bogies» de ocho ruedas cada uno. De este modo podía cargar hasta ciento cincuenta toneladas de mineral.

Cada convoy estaba compuesto por un mínimo de ochenta vagones, que son las cuatro locomotoras que tiraban de él alcanzaba una

longitud superior a los tres kilómetros y medio. Shenn calculó que el peso total del tren, incluidas las locomotoras, cada una de las cuales no pesaba menos de cuatrocientas toneladas, superaba de largo la cifra de trece mil toneladas.

El tren se detenía en un larguísimo cargadero, especialmente construido, del que partía un apartadero con un par de vías muertas, donde se llevaban vagones defectuosos o para su revisión de las locomotoras. El apartadero tenía su final en la parte posterior del colosal edificio de la fundición.

Observando aquellos detalles, Shenn empezó a pensar.

Alguien se le acercó blandiendo el bastoncito que causaba las descargas de dolor en el cerebro.

—¿Qué haces ahí parado? ¿Crees que te han traído a la fundición para hacer el vago? —le apostrofó Ulz.

Había un par de capataces en las inmediaciones y Shenn supuso que Ulz trataba de disimular.

—Perdón, señor; me había distraído un poco.

Ulz se le acercó con rostro colérico.

—Te estás ganando una buena dosis de dolor —gritó—. ¡Muévete, gandul!

—Sí, sí, señor. Ahora mismo...

La voz de Ulz se hizo ahora mucho más suave, apenas audible.

—Hemos comprobado los informes de Osix. El medallón es el dispositivo de destrucción de todos los cuerpos de los condenados — añadió.

—¿No habrá forma de apoderarse de ese chisme? —preguntó el joven.

—Alguien lo intentará en un plazo muy breve. Ahora tratamos de enterarnos quién lo construyó, a fin de conocer su funcionamiento.

—Entendido. ¿Algo más?

—Ten paciencia. Esto ya no puede durar mucho.

Ulz se marchó. Al final de la jornada Shenn se reunió con Nelphia, como tenían por costumbre.

—El asunto marcha —dijo, cuando estuvo seguro de no ser oído por nadie.

—Me pareció haberte visto hablar con Ulz —manifestó ella.

—Sí, es cierto.

Shenn relató el breve diálogo sostenido con el capataz. Nelphia se quedó muy pensativa.

—De rodos modos, sea lo que fuere, esto ya no puede mucho —dijo al cabo de unos instantes.

— Por qué?

— Empiezo a sentirme desesperada, Pier. O hacemos algo es preferible acabar en el fuego de la fundición.

—Ten un poco de paciencia —recomendó él, dándose cuenta del estado de ánimo de la muchacha—. En gran parte, yo me siento como tú. Esto no es vivir, no podría acostumbrarme jamás a una existencia en donde sólo mi cerebro y mis ojos tienen un origen natural.

La voz del joven se hizo de pronto melancólica, a pesar de que no experimentaba variaciones de tonalidad.

—Una persona necesita sentir en su rostro el viento, el sol y la lluvia, aunque a veces maldiga el tiempo inclemente o se queje de un calor excesivo. Una persona necesita aspirar el aire libre, aunque sea el contaminado de una gran ciudad; necesita disfrutar del sabor de un vaso de vino o de un trozo de pan… y también necesita sentir el tacto de las cosas en sus manos.

—Sobre todo, si acaricia a otra persona de distinto sexo —dijo ella maliciosamente.

—¿Te acariciaron mucho cuando estabas en tu estado normal?

—No seas indiscreto. Hay preguntas que jamás se formulan a una dama.

—Me gustaría poder reír —dijo Shenn—, Ahora sólo puedo pensar en la risa.

Impulsivamente, agarró la mano metálica de la muchacha y la miró al fondo de los ojos.

—Tengo ganas de conocerte con tu figura original —manifestó.

—Quizá te lleves una decepción —apuntó ella.

—Estoy seguro de que eras una chica muy atractiva. A pesar de todo, siempre me gustaría más que en tu forma actual.

—No podía quejarme de mi figura, eso es cierto —admitió Nelphia —. Pero, a veces, me parece que la recuperación de mi cuerpo está tan lejana... En otras ocasiones, pienso que jamás será posible.

—Lo conseguiremos, ya lo verás —afirmó Shenn.

Luego, tendidos en el camastro, guardaron silencio.

Sus manos artificiales estaban unidas. ¿Podrían nacer lo mismo algún día con las manos de carne y hueso?

* * *

Los acontecimientos se precipitaron inesperadamente.

Nelphia acudió en busca de Shenn algunos días más tarde. La muchacha se sentía terriblemente agitada.

—Pier, van a lanzar a dos de los nuestros a los altos hornos —exclamó.

El joven se hallaba en el cargadero de mineral, al que acababa de llegar un convoy hacía muy pocos minutos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Golpearon a un capataz, porque les envió sendas descargas de dolor sólo por capricho. El capataz está muy grave y, en represalia, Armtros ha ordenado que los arrojen a uno de los hornos.

—¿Podemos evitarlo, Nelphia?

—Los prisioneros están muy alterados. He oído algo acerca de un

motín. Si esto ocurre pueden pasar cosas muy graves.

—¿Has visto a Ulz?

—No, no sé dónde está.

Shenn abandonó la carretilla inmediatamente.

—Vamos a ver si damos con él y conseguimos evitar el motín —propuso.

—Si nos ponemos a favor de los capataces nos considerarán traidores. Los amotinados podrían lanzarnos también al fuego —advirtió Nelphia, llena de aprensiones.

—Trataremos de evitarlo. ¡Vamos, aprisa!

Había más prisioneros en el cargadero de mineral y la noticia se había extendido con gran rapidez. Cuarenta o cincuenta hombres mecánicos abandonaron inmediatamente su trabajo y corrieron hacia el interior de la fundición.

Nelphia y el joven se unieron a la masa vociferante, que parecía presa de un ataque colectivo de cólera. Al franquear el gran portón de entrada se encontraron con un espectáculo singular.

CAPITULO VIII

El griterío era ensordecedor. Cientos de gargantas artificiales vomitaban injurias hacia los capataces que trataban de arrastrar a los dos condenados hacia las bocas de fuego.

Una doble hilera de guardianes, con bastones de dolor, se esforzaba por mantener el orden, alejando a los de las primeras filas con descargas que herían cruelmente sus cerebros. Algunos de los prisioneros, incapaces de soportar el dolor, se retorcían convulsivamente por el suelo.

Shenn se empinó de puntillas y, con gran alivio, observó que Ulz no se hallaba entre el grupo de capataces. Repentinamente. Ia masa de hombres y mujeres con cuerpos de metal se arrojó contra los

guardianes.

Sonaron unos horribles chillidos. Los bastones de dolor fueron arrebatados de las manos de sus dueños.

Alguien lanzó un grito de advertencia:

—¡Van a venir los soldados de Ia guardia con sus fusiles electromagnéticos!

Como obedeciendo a una consigna previamente convenida, un nutrido grupo de condenados se precipitó hacia una de las puertas. Fuera sonaron algunos chasquidos. Tres o cuatro cuerpos mecánicos saltaron por los aires, hechos pedazos.

Una cabeza de metal cayó a los pies del joven. Shenn contempló horrorizado unas pupilas que, pese a todo, no habían perdido aún su expresión humana.

Pero el brillo de aquellos ojos se apagó muy pronto. En el mismo instante, Shenn se sintió arrebatado por una cólera infinita.

Los disparos de los guardias hicieron retroceder a los amotinados. Un pelotón de soldados se precipitó al asalto de la fundición.

Shenn agarró la mano de la muchacha y se situó junto a la puerta. Los soldados pasaron en tropel por delante de ellos, sin advertir su presencia.

El joven aguardó unos instantes. Cuando el último soldado desfilaba por delante de él, alargó la mano izquierda y le quitó el fusil.

El soldado, sorprendido, se volvió. Shenn le golpeó en el rostro con el revés de su mano. La coraza cedió ante un golpe que tenía una potencia superior a los quinientos kilos.

Crujieron los huesos de un cráneo humano. El soldado, fulminado, se desplomó al suelo.

Inmediatamente Shenn volvió el arma hacia los otros soldados. Su índice artificial se curvó repetidas veces sobre el gatillo.

A cada disparo un soldado caía al suelo, destrozado por aquellos terribles proyectiles. Los amotinados habían iniciado un movimiento de retroceso, pero al observar el cambio de la situación se lanzaron de

nuevo al ataque.

Fue una carga irresistible. Shenn se dio cuenta de que los condenados habían perdido ya todo sentido de la mesura.

Era como si todos hubiesen enloquecido de repente. Arrojándose contra los capataces, haciendo caso omiso de las descargas de dolor, los arrollaron implacablemente, lo mismo que a los pocos soldados supervivientes.

Se oían gritos de dolor y chillidos por todas partes. Algunos de los vigilantes quedaron con vida, pero fue por poco tiempo.

Sonaron unos aullidos atroces. Seis o siete hombres fueron levantados en volandas y conducidos hasta las bocas ardientes de los hornos de fusión, a los que fueron arrojados despiadadamente.

El suelo de la factoría estaba cubierto de cuerpos tendidos, tanto de humanos como de prisioneros. Pero Shenn se dio cuenta de que el motín no se podía considerar como terminado hasta que alcanzaran la victoria por completo.

Todavía había algo que hacer.

—¡Ven, Nelphia! —gritó.

La muchacha le siguió. De pronto vio a un soldado que se arrodillaba, para apuntarles con su fusil.

—¡Cuidado, Pier!

El joven se volvió, arrojándose al suelo inmediatamente. El primer proyectil se estrelló contra la pared que tenía a sus espaldas y lanzó al aire un enorme chorro de esquirlas.

Shenn hizo fuego. El soldado se puso en pie.

Parecía muy sorprendido. Bajó la vista y entonces vio el enorme boquete que la bala había abierto en su pecho.

El agujero de, salida de la espalda era mayor que un puño. Fue como si hubiese recibido un mazazo en el cráneo. Inmediatamente dobló las rodillas y se vino al suelo, en donde se quedó quieto, sin un movimiento más.

—Vamos, Nelphia.

Echaron a correr de nuevo. Shenn se dijo que tendrían que entrar en el despacho de Armtros con el máximo de precauciones. El capataz, seguramente, estaría ya advertido de lo que ocurría y trataría de ponerse en contacto con Thrimoy a fin de informarle de la rebelión.

Shenn alcanzó la puerta del despacho y se situó a un lado, con el fusil a punto.

—Quédate fuera —indicó.

Nelphia hizo un pestañeo de aquiescencia.

Con la mano izquierda empujó la puerta. Entonces vio algo sorprendente.

Osix pareció ser lanzada a un rincón, empujada por una fuerza irresistible. Algo cayó al suelo con metálico estruendo.

Shenn terminó de abrir la puerta. Armtros se volvió velozmente.

—¡Fuera! —aulló.

Desde el suelo, Osix lanzó un grito:

—¡No le dejéis que se comunique con el protector!

Shenn divisó el cuchillo caído en el suelo y comprendió en el acto.

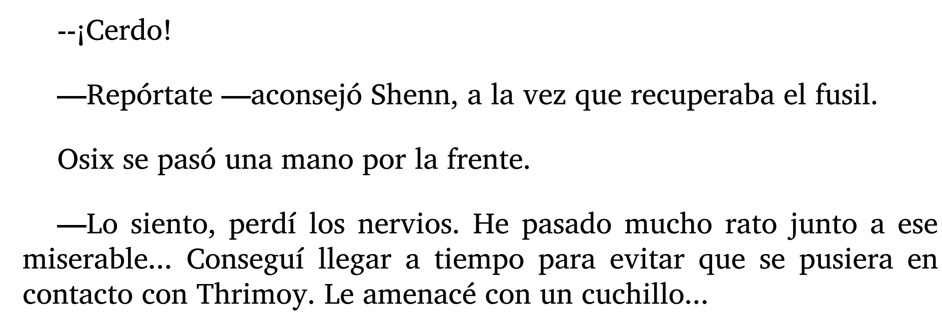
Osix había amenazado a Armtros, impidiéndole informar de la situación. Al moverse la puerta, la joven se había distraído ligeramente, lo que había permitido a Armtros derribarla de un manotazo.

Durante una fracción de segundo él también se distrajo. Armtros aprovechó la ocasión para arrebatarle el fusil.

Shenn reaccionó: si Armtros volvía el arma hacia él, moriría instantáneamente.

La mano derecha del joven se movió con su máxima potencia, alcanzando de revés el rostro del jefe de capataces. El estallido de los huesos fue un sonido horripilante.

Armtros se desplomó instantáneamente, con la cara completamente hundida. Al verlo en el suelo, Osix se levantó y le escupió rabiosamente.



--¡Cerdo!

—Repórtate —aconsejó Shenn, a la vez que recuperaba el fusil.

Osix se pasó una mano por la frente.

—Lo siento, perdí los nervios. He pasado mucho rato junto a ese miserable... Conseguí llegar a tiempo para evitar que se pusiera en contacto con Thrimoy. Le amenacé con un cuchillo...

—Y él te sorprendió después.

—Sí, pero por fortuna todo se ha acabado ya.

—¿De verdad? —intervino Nelphia—, Tú tienes todavía esperanzas, porque conservas tu cuerpo. Pero ¿qué será de nosotros? Porque tarde o temprano Thrimoy se enterará del motín y accionará el dispositivo de destrucción de nuestros cuerpos orgánicos.

—Lo siento —dijo Osix—. Yo no inicié el motín, ni se me habría ocurrido siquiera. Pero puesto que la rebelión estaba en marcha creí conveniente ayudar a los amotinados.

—No podemos hacerle ningún reproche, ésta es la verdad —reconoció el joven—. Las cosas ciertamente se han complicado, aunque espero que Ulz sepa darnos alguna solución.

—No sé dónde está, no le he visto hace bastante rato —declaró Osix.

—Quizá es uno de los capataces que han sido muertos en el tumulto —opinó Nelphia—, Puede decirse que todos han muerto y quizá no supimos verlo cuando los prisioneros lo atacaban.

Shenn meneó la cabeza.

—La colaboración de Ulz era indispensable. Sin él, ¿qué vamos a hacer?

Repentinamente, sonaron unos fuertes gritos en el interior.

—¡Fuera, fuera todo el mundo! ¡Vamos a destruir esta maldita factoría! .

* * *

Shenn se sintió aterrado al escuchar aquellas palabras.

—Pero ¿qué diablos pretenden? —exclamó.

Nelphia, más práctica, corrió hacia una de las ventanas de la estancia, desde la que se dominaba una amplia panorámica.

—¡Mirad, el tren de mineral! —gritó.

Shenn y Osix corrieron hacia la ventana. Desde allí pudieron presenciar una escena singular.

Los amotinados estaban maniobrando con parte del convoy. separando una de las locomotoras, que habían llevado ya a una de las vías muertas. En la cola del tren, otros sublevados estaban soltando los enganches de media docena de vagones.

La locomotora separada del convoy retrocedió a marcha lenta hacia la cola. Súbitamente, todo el tren se puso en movimiento.

—¡Retroceden! —se extrañó Nelphia.

Shenn frunció el ceño.

—Muchachas, si queréis un consejo. Io mejor será que nos larguemos de aquí —dijo.

Nelphia y Osix no se hicieron de rogar y corrieron hacia Ia salida, alejándose del edificio en pocos momentos. El tren, de forma sorprendente, había retrocedido casi hasta perderse de vista en el horizonte.

Al cabo de unos minutos lo vieron aumentar de tamaño. Entonces Shenn comprendió las intenciones de los amotinados.

—Todavía estamos demasiado cerca —dijo.

De nuevo corrieron para alejarse algunos centenares de metros. El tren avanzaba ahora a la máxima velocidad. Era una masa de más de trece mil toneladas, lanzada a casi a ciento cincuenta kilómetros por hora.

Era un espectáculo impresionante. Años enteros de trabajo e ingentes sumas de dinero se iban a- perder en unos pocos instantes.

Pero aquella gigantesca fundición no era sino una muestra de la incalculable megalomanía de un hombre que trataba de erigirse en un ser superior a todos. Era una construcción que debía haber sido destinada al bien común, en lugar de convertirse en un centro de tortura para millares de desgraciados.

—Un auténtico infierno —murmuró.

El tren, remolcado ahora por tres locomotoras solamente, avanzaba a toda marcha. Salvó- los desvíos del apartadero, continuó su trayecto y, de pronto, rompiendo los topes finales de una vía muerta, se precipitó contra el gigantesco edificio.

Fue un impacto de trece mil toneladas, cuya potencia había sido aumentada increíblemente por la inercia de la velocidad. El primer choque produjo un estruendo comparable al de un millar de piezas de artillería haciendo fuego simultáneamente.

Un colosal muro empezó a derrumbarse, mientras el tren, irrefrenablemente, proseguía su enloquecida marcha. De repente, una chimenea osciló y empezó a caer.

Brotaron gigantescos chorros de llamas por todas partes. Los muros se venían abajo con fragor que hería cruelmente los tímpanos. Una tras otra, las altísimas chimeneas fueron convirtiéndose en enormes montones de escombros.

Finalmente, sólo quedó algo que parecía un gigantesco volcán, del que sin embargo brotaba más humo que llamas. Aún quedaban partes de la estructura en pie, pero la factoría podía considerarse como definitivamente destruida.

Un hombre mecánico se acercó de repente al trío.

—Si queréis, podéis acompañarnos —dijo—. Dentro de poco tendremos preparado un tren, ya que hemos reservado una locomotora y diez o doce vagones. Descargaremos el mineral y los usaremos como coches de pasajeros.

—¿Adonde vais? —preguntó Shenn.

—Hay un par de miles de hombres bionizados en las minas de «himet». Es preciso que los libremos de su esclavitud.

—¿Es grande Ía distancia?

—Unos trescientos kilómetros. Podemos recorrerlos en un par de horas sin dificultad, con unos vagones cargados apenas con la décima parte de su capacidad.

—Lo siento, nosotros nos quedamos —dijo Osix.

El sujeto volvió sus ojos.

—Tú eres una mujer natural —exclamó.

Armtros me tenía a su servicio.

— Entiendo. He oído hablar de ti y sé que en alguna ocasión has tratado de ayudarnos. No te haremos nada.

—Gracias. Os deseo mucha suerte, pero ¿qué haréis si el protector destruye vuestros cuerpos?

—El motín se ha producido de una forma espontánea. En realidad, era algo que tenía que suceder un día u otro. Tenemos cuerpos mecánicos, es cierto, pero nos han conservado

el cerebro. Eso quiere decir que nuestros nervios saltaron al fin.

El prisionero hizo una pausa.

— Ya no podemos echarnos atrás —añadió—. Pase Io que pase, tenemos que seguir hasta el final. Es posible que acabemos mal, incluso podemos morir... pero ha. llegado ya el momento de acabar con la tiranía de Thrimoy. El protector ya no podrá seguir... protegiéndonos.

— Eso espero —contestó Osix.

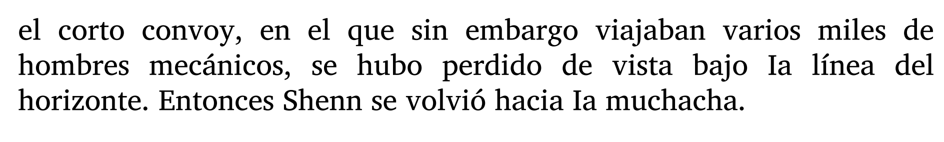
La mirada del hombre biónico se posó sobre dos rostros absolutamente iguales al suyo.

— Vosotros os quedáis con ella —dijo.

— Así es —respondió Shenn.

—No puedo forzaros a hacer nada contra vuestra voluntad. Si nos hemos sublevado por la libertad, obligaros a hacer algo que no deseáis sería tanto como desvirtuar nuestros esfuerzos. Suerte a todos —se despidió el sujeto.

Shenn, Nelphia y Osix permanecieron en el mismo sitio hasta que


el corto convoy, en el que sin embargo viajaban varios miles de hombres mecánicos, se hubo perdido de vista bajo Ia línea del horizonte. Entonces Shenn se volvió hacia Ia muchacha.

—¿Y ahora, Osix?

—Lo que sigue ahora va a resultar Io más difícil de todo —contestó la interpelada.

—Llegar hasta Thrimoy e impedir que utilice el destructor de los cuerpos de sus prisioneros.

—Sí, justamente.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo Nelphia de pronto.

—¿Sí? —murmuró Shenn.

—Llegar hasta Thrimoy no resultará fácil. Osix podría intentarlo. en plan seductor, pero ese sistema tiene el inconveniente de que él la conoce y no se dejaría engañar. Si yo tuviese mi figura natural, tal vez podría hacer una prueba, pero Thrimoy, ni ningún otro hombre, se va a dejar tentar por un cuerpo de metal.

—¿Adonde quieres ir a parar con esas reflexiones? —preguntó el joven.

—Muy sencillo. En vez de intentar llegar hasta Thrimoy, ¿por qué no buscamos el lugar donde tienen nuestros cuerpos?

Osix entornó sus ojos.

— El medallón de Thrimoy, sin duda, es un aparato emisor que funciona con determinada frecuencia. Habrá un receptor en el lugar donde se almacenan vuestros cuerpos, y al recibir cierta señal desencadenará un mecanismo de destrucción que no me siento capaz de imaginar por el momento.

— El fuego —apuntó Nelphia.

—O una inundación con algún combustible líquido, lo que viene a resultar lo mismo que ha dicho Nelphia —murmuró Shenn.

—O tal vez esos cuerpos están en alguna profunda caverna y una serie de cargas explosivas provocarían el hundimiento de sus bóvedas —dijo Osix—. Lo cual, por otra parte, también podría hacerse con un edificio corriente.

—Si se trata de un edificio, tiene que ser muy grande, porque es preciso recordar que alberga varios millares de cuerpos en hibernación, esperando que se les devuelvan el cerebro y los ojos — manifestó el joven.

—Una cosa debemos tener presente —exclamó Nelphia resueltamente—. Sea lo que sea, no podemos quedarnos aquí parados, charlando como cotorras, sin tomar una decisión. Hemos de hacer algo y cuanto antes, mejor.

—Yo tengo un aeromóvil. Podemos ir a…

La voz de Osix se quebró súbitamente, transformándose en un agudo chillido de dolor. Nelphia se volvió para, mirar a la muchacha y se sintió espeluznada al ver que el brazo izquierdo de Osix había sido amputado a la altura del hombro.

CAPITULO IX

El miembro cayó a! suelo con sordo choque, mientras de la zona de la amputación brotaban torrentes de líquido rojo. A treinta pasos de distancia, Shenn vio algo espantoso.

Armtros, sorprendentemente, vivía todavía. El golpe que Shenn le había asestado no había afectado a sus ojos, Io que le permitía ver aún, pero, estimó el joven, con notables dificultades. El jefe de capataces era un hombre de increíble vitalidad y, con el rostro hundido, había sido capaz de recuperar el conocimiento y levantarse del suelo.

En alguna parte había encontrado un fusil electromagnético, con el que había hecho un disparo, movido por el furor de la derrota. Quizá no había querido tirar primeramente contra Osix o tal vez su situación actual le había impedido hacer puntería. El fusil, apreció Shenn, temblaba en las manos de Armtros, lo que indicaba una evidente falta de coordinación muscular, causada por su estado de debilidad.

Shenn conservaba todavía su fusil. Hirviendo de cólera, sin levantar el arma, hizo fuego desde la cadera, enviando media docena de proyectiles al cuerpo de Armtros. La cabeza de! sujeto voló en mil

repugnantes fragmentos al ser alcanzada de lleno por una de las balas. El tronco, literalmente decapitado, cayó a tierra como una masa inerte.

Las manos del joven soltaron el fusil. Osix yacía en tierra, espantosamente, pálida, moviendo apenas los labios para emitir sordos quejidos. Shenn se precipitó sobre ella y aprisionó con sus manos de metal el muñón de! brazo amputado, a fin de contener ¡a hemorragia en lo posible.

—¡Nelphia. el botiquín de los guardias! —gritó—. Allí encontrarás elementos de cura. Trae también sedantes.

La muchacha se lanzó a Ia carrera hacia el lugar indicado. Osix meneó la cabeza.

—Es... inútil —jadeó—. Voy a morir muy pronto... Pier, por favor, pídele que traiga papel y pluma...

Shenn se sorprendió de aquella petición, pero la atendió de inmediato. A cincuenta metros. Nelphia se detuvo para escuchar al joven y luego reanudó su carrera.

—No sé... dónde están vuestros cuerpos... pero quiero haceros un plano de la residencia de Thrimoy... para que intentéis llegar hasta él y...

La voz de Osix se apagó bruscamente. Shenn llegó a temer que hubiera muerto, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de un simple desvanecimiento, causado por la terrible pérdida de sangre que había sufrido en pocos momentos.

De todos modos, Osix no había sido nunca una mujer demasiado fuerte. Aquella espantosa herida era el final de su existencia.

Nelphia llegó poco después, con una maleta y una bolsa en las manos. La joven se dispuso a actuar inmediatamente.

—Deja, yo lo haré —pidió—. Hubo un tiempo en que quería ser enfermera, ¿sabes?

Tenía un fonendoscopio y lo aplicó al pecho de Osix, conectando los otros dos extremos al lugar por donde sus circuitos auditivos captaban los sonidos del exterior. Al cabo de unos segundos, meneó la cabeza:

—Pulso muy débil —dijo—. No soportará la amputación.

Osix abrió los ojos en aquel instante.

—El papel... —solicitó.

—Aguarda un momento —ordenó Nelphia.

Las manos mecánicas le temblaban, pero consiguió inyectar un sedante en el cuerpo de la muchacha. Luego puso un torniquete en el muñón y Shenn pudo retirar sus manos.

Osix sonrió a los pocos momentos.

—Ya no me duele... El papel y la pluma... por favor.

Shenn, arrodillado, sostuvo la maleta como una especie de mesa para que ella pudiera mover la pluma con comodidad.

—Mi pulso ya... ya no es bueno —dijo Osix—. Hay... una entrada secreta en el lado oeste... Está en el parque, junto a un enorme árbol, que parece un secoya terrestre... Es un macizo de flores... Hay que tirar de la más alta, que no se seca nunca... y la trampilla se abre automáticamente, permitiendo el acceso a un pasadizo que conduce directamente a las habitaciones particulares del protector...

—¿Para qué diablos querría ese hombre una entrada secreta? —masculló el joven.

—Para él... es una salida... Una noche, borracho, me lo confesó... Luego, al día siguiente, me preguntó qué había dicho sobre... el tema. Yo negué haber oído nada... Le juré que no había mencionado ese pasadizo. Supongo que comprendéis mis motivos...

—Sí, pero no te esfuerces más —rogó Nelphia—. Descansa; trataremos de llevarte a un sitio donde puedan curarte. Luego, ya sabes; los hombres biónicos procedemos de los trabajos sobre prótesis artificiales en miembros perdidos del cuerpo humano. Te pondrán otro brazo y quedarás como nueva, ya lo verás.

Osix meneó la cabeza.

—No, no lo veré... pero me sentiré satisfecha sabiendo que habéis conseguido acabar con el tirano... Una advertencia... Ese pasadizo tiene varios ramales... Son trampas... No os dejéis engañar por una ruta más cómoda. La dirección correcta es siempre hacia el oeste...

La voz de Osix se debilitó casi bruscamente.'

—Mi aeromóvil… está en el pequeño hangar que hay detrás de mi residencia… Viajad por la noche…

La agonizante calló.

Hubo un momento de silencio. Luego, repentinamente, Osix lanzó un agudo grito:

—¿Dónde estáis? No… no os veo…

La voz de la muchacha se extinguió con una última convulsión, que arqueó su cuerpo antes de relajarse definitivamente. Luego su rostro adquirió una expresión de paz infinita.

Shenn meneó la cabeza pesarosamente. Al cabo de unos momentos cogió Ia mano derecha de Osix y la colocó sobre su seno ya inerte.

—Sólo puedo cruzarle un brazo en el pecho —murmuró.

Nelphia se puso en pie y se volvió de espaldas.

Shenn se levantó también. Acercándose a la muchacha, puso una mano en su hombro.

—Te sientes muy afectada —dijo.

—Todavía tengo mi cerebro, que es tanto como decir el corazón —respondió ella.

El joven la hizo volverse. Extrañado, observó dos regueros brillantes en sus mejillas de metal.

—Estás llorando —exclamó, asombrado.

—Claro, tonto. Si nos dejaron los ojos tenían que respetar también los lagrimales. Es algo indispensable para la visión, como no ignoras, supongo.

—Sí, es cierto. Discúlpame; no quería ofenderte.

—No te preocupes, Pier. Ahora, pese a todo, debemos pensar en nosotros. ¿Qué hacemos?

Shenn paseó la vista por aquel escenario de muerte y destrucción, que pocas horas antes había sido un hervidero de actividad. Ahora no

se veían más que ruinas humeantes y cuerpos tendidos por todas partes.

—Antes de nada, quiero enterrar a Osix —dijo al cabo—. A fin de cuentas, no podemos olvidar que murió por ayudarnos. Y yo no me iría tranquilo de aquí sabiendo que dejo su cuerpo abandonado miserablemente.

Shenn echó a andar.

—Han quedado algunas máquinas en estado de funcionamiento. Buscaré una excavadora; en este suelo, es lo más práctico —añadió.

Una hora más tarde plantó en el suelo apisonado una cruz hecha con dos viguetas de hierro, atadas con un trozo de alambre.

Luego miró a la joven.

—En mi planeta es costumbre cuando alguien muere —explicó.

—Lo sé —respondió Nelphia—. Y ahora, pensemos en nosotros.

Inmediatamente caminaron en busca de la residencia de Osix. En aquellos parajes reinaba ahora un silencio absoluto.

—El silencio de la devastación —dijo Shenn.

— El que siempre debería haber reinado aquí —añadió Nelphia.

Shenn no quiso expresarlo en voz alta, pero se dijo que Thrimoy estaría ya enterado de lo que había ocurrido. ¿Qué represalias tomaría el protector contra los amotinados?

¿Cumpliría su palabra de destruir todos los cuerpos humanos?

* * *

Entraron en la casa de Osix por la puerta delantera. Shenn quiso dar ánimos a la muchacha.

—¿Sabes?, en estos momentos, y a pesar de mi cuerpo mecánico, tengo sed —dijo.

—No puedes beber agua...

—No me refería al agua precisamente.

—Ah, un trago —«sonrió» Nelphia—, Sí, también a mí me sentaría estupendamente, pero eso es algo en lo que no podemos pensar siquiera. Pier, será mucho mejor que empecemos a calcular la forma de alcanzar el pasadizo secreto.

—Espera un momento —dijo él de pronto—. Se me ha ocurrido algo que puede resultar interesante.

Separándose de Nelphia buscó el dormitorio de Osix, en donde, como había supuesto, encontró un armario ropero bastante bien provisto.

—¡Nelphia! —llamó a los pocos momentos.

La muchacha acudió de inmediato.

—¿Sí, Pier?

Shenn extendió su mano.

—Elige un vestido —indicó.

—¿Un vestido? —se extrañó ella—. ¿Para qué quiero un vestido con este cuerpo de metal?

—Tienes la misma figura que Osix, aproximadamente...

—Mira, Pier. yo puedo taparme el cuerpo, incluso los brazos, pero las piernas quedarán al descubierto...

—Aquí veo unos pantalones muy ajustados. Pomelos y no se verán tus piernas de metal. Por cierto, en el estado natural, ¿qué tal son?

— Bastante atractivas, según decían muchos.

— Espero verlas algún día —«suspiró» él—. Muy bien, elige un traje adecuado a esos pantalones y empieza a vestirte.

—Pier, hay varios obstáculos. En primer lugar, no tengo pelo...

Shenn, inflexible, abrió un compartimiento en el que había varias pelucas con los cabellos de distintos colores.

—Ya tienes pelo —dijo.

—¿Y...? —Nelphia se señaló el pecho—. Está... está liso...

Los ojos del joven se elevaron a las alturas.

—Te ahogas en un vaso de agua —gruñó—. Aquí tienes sujetadores. Rellena uno con el pelo de las pelucas que no uses. Hazte tú misma esos relieves, mujer.

—¿Y la cara?

—Hay un departamento de mantenimiento, en el que encontraré pinturas para decorar esa cara de metal. No engañarías a nadie durante el día pero, recuerda, tenemos que actuar siempre durante la noche.

—Está bien. Yo puedo tomar el aspecto de una mujer corriente. ¿Y tú?

—Pasaré por un soldado. Me pondré un casco y añadiré el correaje. Mi cuerpo y el uniforme de servicio se diferencian muy poco. Sobre todo si se piensa que. llevan la cara cubierta casi todo el tiempo.

—Tienes solución para todo —dijo ella.

—Me gustaría tenerla para lo más importante: recobrar nuestros cuerpos.

—Si conseguimos evitar que Thrimoy los destruya...

Shenn levantó un poco la mano.

—He estado pensando sobre el particular y creo que Thrimoy no cometerá lo que podría ser en error monumental —dijo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella, muy sorprendida.

—Ha empleado mucho tiempo, trabajo y dinero en crear un ejército de esclavos biónicos. No puede destruirlo así como así a la ligera, sólo como represalia, que no le produciría ningún beneficio.

—¿Tú crees? —dudó Nelphia.

—Si yo estuviera en el pellejo de Thrimoy es posible que destruyese algunos cuerpos para escarmiento de los demás rebeldes. Podría permitirme el lujo de perder dos o trescientos, pero no varios

millares, a los que luego forzaría a volver al trabajo. No: al menos en el primer momento, no creo que utilice el dispositivo total. Claro que es algo que tampoco debemos descartar, pero sin embargo creo que disponemos de un razonable margen de seguridad para actuar antes de que ese miserable cometa un genocidio con un solo toque a un transmisor de radio.

—Muy bien, estoy de acuerdo contigo. Mientras te equipas, yo iré eligiendo la ropa que mejor me siente.

Conforme. Volveré lo más pronto que me sea posible —dijo el joven, mientras echaba a andar resueltamente hacia la salida.

Un cuarto de hora más tarde Shenn volvió con los elementos de pintura en las manos, además de haberse convertido aparentemente en uno de los soldados de la guardia. Nelphia

se había vestido ya y ofrecía un aspecto singular, con un cuerpo que semejaba el de una mujer auténtica y un rostro de metal totalmente inexpresivo.

Era un contraste que habría podido parecer horroroso a otros que no fueran ellos mismos. Habían padecido demasiado en los últimos meses para sentirse impresionados por lo que podían calificar de insignificante minucia.

La cara de Nelphia quedó relativamente bien. En la oscuridad o con poca luz, nadie notaría la realidad, dijo él, cuando terminó su obra.

Nelphia se miró a un espejo y, quedó bastante satisfecha.

—Esto es la obra de un artista —elogió.

—A veces pintaba como afición, para descargar la mente de mis problemas de trabajo —explicó Shenn—, Incluso hice un par de cursos de arte, pero no he sido llamado por el camino de los grandes pintores.

—Para mí, en estos momentos, eres el mejor del Universo —rió ella —. Bien, ¿vamos?

—Ya no podemos perder más tiempo —respondió el joven.

CAPITULO X

El día, particularmente sangriento, había terminado ya y el aeromóvil, de pequeñas dimensiones, con capacidad para dos plazas, se elevó en el aire. Desde la altura, en la oscuridad de la noche, que ya no era taladrada por los grandes focos que había encendidos siempre, se veían todavía algunos rescoldos del fuego que había culminado la obra de destrucción, iniciada en un motín que se había producido espontáneamente, de una forma absolutamente sorprendente.

Cuando llevaban unos pocos minutos de vuelo, Shenn declaró que se sentía aprensivo.

—¿Por qué? —preguntó Nelphia.

—Ahora nos dirigimos a Ia residencia del protector. Supongo que tendrá detectores que señalen nuestra aproximación. Si no espera la llegada de ningún aparato podemos correr graves riesgos...

Armtros iba en ocasiones a informarle personalmente. Los guardias creerán que es él —dijo la muchacha.

—Lo dudo mucho. A estas horas, Thrimoy tiene que saber ya lo ocurrido en la factoría de «himet». Es más, se habrá producido también el segundo motín en las minas y estas noticias, lógicamente, no le habrán pasado desapercibidas.

—De todos modos, cuando nos interroguen por radio, deja que yo conteste a las preguntas. Creo que conseguiremos salvar las barreras y llegar a la entrada del pasadizo secreto.

Nelphia pilotaba el aparato, ya que conocía su manejo. El aeromóvil se desplazó a gran velocidad en la noche y a una altura suficiente que le permitiera eludir los obstáculos naturales.

Poco más tarde abandonaron aquella siniestra planicie, que tantos malos recuerdos guardaba para ellos. El terreno, que se reflejaba en el radar de nivel, se hizo más accidentado y pudieron captar las primeras imágenes de zonas con agua y vegetación.

—A este ritmo, en media hora más alcanzaremos las inmediaciones de la residencia de Thrimoy —dijo ella.

—Estará bien guardada, supongo.

—Literalmente cercada por un cordón de centinelas, imposible de traspasar. Pier. a mí no se me ocurre ninguna idea. Tendrás que pensar tú en algo para poder entrar en el parque y alcanzar el árbol que nos indicó la pobre Osix.

—Ya pensaré en algo, descuida.

Shenn trató de concentrarse en la solución de aquel problema, pero no encontraba ninguna idea viable, por más que se esforzaba. Desalentado,, se preguntó si no se encaminaba a un más que seguro fracaso.

De repente, Nelphia lanzó una exclamación:

—¡Pier, aquí pasa algo raro!

Shenn notó en el acto el tono, de alarma de la voz de Nelphia.

—¿Alguna avena?

—No sé. ¡Los mandos no responden! —chilló la joven, muy asustada.

El aeromóvil dio de pronto unos cuántos bandazos. Luego se precipitó contra el suelo.

En el momento de la avería se encontraban a unos mil metros de altura. Aunque era de noche, Shenn pudo ver el suelo oscuro que se acercaba con gran rapidez y empezó a despedirse de la vida.

En aquellos momentos pensó en los desgraciados a quienes había visto morir en la fundición, arrojados al fuego por inservibles. Aun en su estado, con un cerebro en un cuerpo mecánico, querían seguir viviendo. El también quería vivir, pero no podía evitar el desastre.

Repentinamente, Ia velocidad de descenso se hizo menor hasta quedar reducida prácticamente a cero. Ocurrió justo cuando el tren de aterrizaje del aparato se desplazaba automáticamente por su proximidad a la tierra.

—No entiendo Io que ha pasado aquí —dijo Nelphia—.

Parecía como si alguien manejase el aeromóvil por control remoto…

—Es posible —contestó él, a la vez que tendía la mano hacia adelante—. Mira, ahí viene alguien.

Una luz que se movía irregularmente se aproximó al aero móvil. Shenn se puso en pie.

—Sea quien fuere ese tipo, si tiene intenciones hostiles se lo haré pagar caro —dijo.

En aquel mismo instante se abrió la portezuela. Una voz conocida resonó en los circuitos auditivos de la pareja:

—¡Vamos, muchachos, salid fuera! —exclamó Ulz.

* * *

Shenn y Nelphia se sentían atónitos al reconocer al capataz, cuya presencia en aquel lugar no se explicaban en absoluto. Ulz les dirigió una amistosa sonrisa al poner pie en la tierra.

—Sois vosotros, supongo —dijo—. Pero, estáis desconocidos...

—Nos hemos disfrazado —contestó Shenn.

—Sí, ya veo. ¿Dónde está Osix?

—Ha muerto.

Ulz se quedó atónito.

—No puede ser...

—Lo siento —dijo el joven.

Hubo un instante de silencio.

—Pobre chica —murmuró Ulz pasados unos segundos—. No merecía acabar de tan mala manera. ¿Qué sucedió?

—Una bala le arrancó el brazo izquierdo casi de raíz. No pudo superar el shock hemorrágico.

— Es verdaderamente lastimoso. Pensé que vendría con vosotros.

Supongo que las palabras son inútiles...

—Ahora interesan los hechos. Kroppf —dijo Shenn—, ¿Por qué estás aquí? ¿Qué piensas hacer con nosotros?

—Aunque os parezca mentira, estamos a menos de mil metros del lugar donde se fabrican los hombres mecánicos. Y las mujeres también, claro.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. Y, ¿qué tenemos nosotros que hacer allí, si se puede saber?

Nelphia extendió una mano.

—Aguarda un instante, Pier —pidió—. Antes quiero que Ulz nos explique por qué no estaba en la factoría cuando se produjo el motín y qué procedimiento ha empleado para gobernar el aeromóvil por control remoto.

—No tengo nada que ocultar —declaró el capataz—. Ayer, por la noche, pedí cuarenta y ocho horas de permiso a Armtros. Quería venir aquí a entrevístame con cierta persona, a la que veréis un poco más tarde. Hace unos momentos capté las señales de vuestro aeromóvil y decidí salir a buscaros.

—¿Cómo podías saber que era nuestro aeromóvil? —preguntó la muchacha, todavía recelosa.

—Antes fue de Osix. Ella y yo montamos dispositivos secretos en el aparato para casos de extrema necesidad. Un emisor de cierta clave, un sistema de control remoto...

—Y tú tenías tu detector en funcionamiento, precisamente a estas horas.

—No sospeches de mí —rogó Ulz—. Las noticias del motín corren por todas partes. Cuando me enteré de lo sucedido puse el detector en funcionamiento, pensando que Osix podría escapar de allí. No ha sido así, aunque de todos modos me alegro de veros en buen estado.

—Del físico no podemos quejarnos —contestó Shenn—. Pero nuestro estado de ánimo no es demasiado optimista.

—Las cosas cambiarán —aseguró el capataz—. Venid conmigo; quiero presentaros a alguien que desea conoceros y ayudaros a reparar el mal que hizo con vosotros, aunque ciertamente no fue de

manera voluntaria.

Ulz dio media vuelta y echó a andar resueltamente. En silencio, Shenn se propuso estrangularle a la menor señal de peligro.

Pero no se lo dijo. Si tenía que atacar lo haría imprevisiblemente, para evitar la derrota.

* * *

Había una alta tapia al final del camino y en ella una puertecita de metal, que Ulz abrió sin problemas. Algunas luces que alumbraban débilmente un agradable jardín, en el centro del cual se divisaba una residencia de aspecto elegante. pero sin demasiados lujos.

Una mujer apareció en Ia puerta cuando el trío se aproximaba a la casa. Ulz se detuvo al pie de los contados escalones que permitían el acceso.

—Varda, te presento a Pier Shenn y Nelphia Kelx. Pier. Nelphia, la doctora Moss!. Mi esposa, aunque no use por el momento el apellido que legalmente le corresponda.

Shenn se quedó pasmado de asombro.

—Tu mujer...

—Así es —confirmó Varda con suave sonrisa—. Entrad, no os quedéis quietos.

—Empiezo a sospechar que me encuentro ante los dirigentes de la conspiración contra el protector —dijo Shenn.

—No andas muy desencaminado —repuso Ulz—. Vamos, pasad. Varda quiere enseñaros algo. Por cierto, querida, tengo una mala noticia. Osix ha muerto.

—Pobre muchacha... No merecía tener un fin tan horrible —dijo—. Siempre guardaremos el mejor recuerdo de ella, ¿no es cierto, Kroppf?

—Puedes asegurarlo, cariño. Bien, el caso es que Pier y Nelphia están con nosotros. Haremos con ello lo que habíamos acordado, si te

parece bien.

—Podemos empezar inmediatamente —respondió Varda.

—Perdón, pero me gustaría saber qué piensan hacer…

Varda levantó una mano para interrumpir al joven.

—Ten paciencia unos minutos —dijo—. En seguida Io sabrás.

La doctora les condujo a una pequeña salita, situada en el otro extremo de la casa. Una vez dentro pulsó un interruptor situado en una de las paredes y todo el suelo de la estancia se hundió con suavidad.

Momentos después, Shenn, estupefacto, se encontraba en lo que supo muy pronto era la antesala de un quirófano. La puerta que daba acceso a la sala de operaciones era de cristal y podían ver sin dificultad lo que había al otro lado, incluyendo los robots auxiliares, inmóviles en aquellos instantes.

—Todavía no he terminado —sonrió Varda.

El descenso continuó, ahora un poco más prolongado que en la primera etapa. Cuando el suelo se detuvo, Shenn calculó que se habían hundido a unos ciento cincuenta metros en el subsuelo.

Delante de ellos se vio un trozo de pared metálico, absolutamente liso. Varda pulsó un interruptor y parte del muro se deslizó a un lado. Entonces contemplaron un espectáculo increíble.

* * *

Varda echó a andar y ellos siguieron a la doctora. A medida que avanzaban se encendían focos por todos los rincones de aquella inmensa caverna, en la que reinaba una temperatura casi glacial.

El hueco había sido practicado por la mano del hombre, no cabía duda, y tenía Ia forma de un gigantesco paralelepípedo, cuyo final apenas si se podía divisar a simple vista. A ambos lados se podían ver enormes hileras de lo que parecían féretros de cristal, de un tamaño uniforme, en cada uno de los cuales se veía un cuerpo humano.

Shenn adivinó en el acto el lugar en que se hallaban.

—Aquí está mi cuerpo —exclamó sin poder contenerse.

—Tienes una matrícula —dijo Varda—. Cada caja está numerada, de modo que puedes buscarlo por ti mismo.

Shenn echó a andar de inmediato, pero se detuvo a los pocos momentos.

—Hay demasiados...

En aquel instante, se oyó una exclamación:

—¡Aquí estoy yo!

Shenn se volvió. Nelphia estaba parada delante de uno de los féretros, en cuyo interior se veía el cuerpo de una mujer desnuda, con los ojos cubiertos por lo que parecía unas gruesas gafas de color.

—Vaya, no se puede negar que nenes una figura realmente atractiva —dijo de buen humor.

—¡No mires, tipo desvergonzado! —le apostrofó la muchacha.

Shenn se echó a reír mentalmente.

— Eso es algo que no se puede evitar —contestó—. Bien, doctora, ¿qué va a pasar ahora?

—He querido enseñaros el lugar donde se conservan los cuerpos de las personas bionizadas —respondió Varda—, Los vuestros, como habéis podido apreciar, están también aquí. Antes os dije que deberíais tener un poco de paciencia. Bien, ha llegado el momento de que lo sepáis. Voy a convertiros de nuevo en seres de carne y hueso.

Shenn abrió la boca, estupefacto. Nelphia, por su parte, vaciló, como si se hubiese mareado.

—Voy a caerme... —dijo.

Shenn se precipitó hacia ella y trató de sostenerla por un brazo, pero la muchacha no daba muestras de recuperarse. Varda vio aquello y frunció el entrecejo.

—Sujétala bien, Pier —ordenó.

Acercándose a la muchacha, levantó una chapita situada en su tórax de metal, debajo del altavoz, y examinó el indicador que había debajo. Su voz se hizo de pronto grave, con acentos de indudable preocupación.

—Se nota que en Ia factoría se cuidaban muy poco de los operarios —dijo irritada—. A esta pobre chica la tenían que haber renovado ya el líquido sustitutivo de la sangre que alimenta su cerebro y lo provee de! oxígeno necesario.

—Me encuentro muy débil —confesó Nelphia.

—Es lógico, aunque no debes sentirte preocupada. En seguida repararemos ese descuido. Necesito que tu cerebro esté en perfectas condiciones para cuando iniciemos la operación «regreso».

—Operación «regreso» —repitió Shenn—, Un nombre perfectamente adecuado.

En aquel instante se oyó una voz sarcástica, que provenía de la entrada a la caverna.

—Temo, doctora, que no va a tener tiempo de iniciar siquiera los preparativos para una operación con un nombre perfectamente inadecuado, pese a lo que haya podido decir el espía terrestre.

CAPITULO XI

Shenn volvió los ojos inmediatamente. Estaba detrás de la muchacha, a la que sostenía con ambas manos por debajo de los sobacos en vista de que su cerebro debilitado no producía la energía suficiente para el correcto movimiento de los músculos mecánicos. Aunque sólo lo había visto una vez, reconoció al instante al autor de la sarcástica observación.

Lhixos tenía en la mano una pistola de enormes dimensiones, con una boca de cañón de pavoroso aspecto. Aquella pistola, calculó el joven, era de un calibre similar al de los fusiles que había visto en acción.

También había tenido ocasión de apreciar los terribles efectos de aquellos proyectiles. La imagen de Osix, agonizando después de perder un brazo, no se borraría jamás de su mente.

—El terrestre seguirá con su cuerpo mecánico —continuó Lhixos—, En cuanto a la otra bionizada, dejaremos que muera por deficiencia en el riego sanguíneo de su cerebro.

—¿Y nosotros? —preguntó Varda, rehecha en parte de la sorpresa.

—A usted y a su esposo les implantaremos cuerpos mecánicos. Los suyos serán destruidos.

Varda se volvió hacia Ulz.

—Kroppf, querido, tienes que perdonarme. He debido soportar muchas indignidades y tú ya conoces los motivos, pero creo que no deberíamos, permitir que este canalla lleve a cabo su proyecto. ¡Aunque nos cueste la vida!

Lhixos movió la pistola.

—¡Quietos! -ordenó-—. Todavía no he terminado.

—Con lo que ha dicho tenemos más que suficiente —respondió Varda.

—A mí me gustaría saber qué fue realmente del doctor Jeffud —solicitó Ulz.

—Murió, no puede alegar ignorancia —dijo Lhixos.

—Sí, pero, ¿qué fue de su cuerpo? ¿Lo destruyó también o lo almacenó en esta caverna?

—No podía correr el riesgo de que algún día, la doctora u otro cirujano realizasen con él la operación «regreso». Murió y fue incinerado.

—Miserable... —dijo Varda a media voz.

Shenn movió ligeramente una mano.

—Perdonen que intervenga en esta amigable discusión, pero puesto que el doctor Lhixos ha venido aquí para adoptar medidas drásticas, ¿no podría decirnos cómo se destruyen de una vez todos los cuerpos que hay en Ia caverna?

—Oh, muy sencillo. Cada féretro contiene un pequeño recipiente con ácido gaseoso, es decir, un gas altamente corrosivo en estado líquido, debido a la reducción de volumen. Una señal de radio permitirá la abertura simultánea de millares de válvulas, lo que provocará la vuelta del ácido a su estado normal de gas. Y una vez iniciado el proceso de corrosión. ya no hay poder humano capaz de detenerlo.

—Maravilloso —elogió el joven—. Supongo que cada recipiente estará conectado a una especie de control central, que es el que recibirá la señal de radio.

—Así es, aunque como puede, comprender no voy a decirle dónde está ese control —respondió Lhixos—, Bien, creo que es hora de dar por terminada esta agradable conversación. Terrestre, por experiencia sé que un hombre bionizado quiere seguir viviendo, aunque sea en su estado actual. Deje a la chica y apártese a un lado.

—¿Qué es lo que va a hacer, doctor? —preguntó Shenn.

—Acabo de expresarlo: la conversación ha finalizado.

Shenn intuyó que Lhixos iba a utilizar su pistola. La distancia resultaba excesiva para intentar saltar sobre él. Sin embargo, el médico no se había dado cuenta de que tenía un arma en las manos.

El cuerpo de Nelphia voló inesperadamente por los aires.

Lhixos aulló de rabia y alzó Ia pistola, pero antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo recibió en pleno rostro el impacto de un cuerpo de metal que pesaba ciento veinte kilos.

Nelphia, por su parte, gritó instintivamente. Ulz reaccionó y se arrojó sobre la pistola que Lhixos había perdido al caer.

Shenn corrió también y levantó a Nelphia. En el mismo instante. Ulz empuñaba el arma. La boca del cañón estaba a un par de palmos del rostro de Lhixos.

—¡No...!

El grito del médico quedó cortado en el acto, cuando la bala atravesó su boca abierta y fue a salir por la coronilla. Ulz respiró ruidosamente y. todavía furioso, asestó un terrible puntapié a un cuerpo que aún se agitaba con las últimas convulsiones de la agonía.

—Cerdo —dijo, terriblemente agitado.

Shenn volvió a sostener a la muchacha.

—Me has usado como proyectil… con riesgo de matarme —se quejó ella débilmente.

Claramente se notaba en su voz las deficiencias de un cerebro insuficientemente alimentado. Shenn meneó la cabeza.

—Lhixos podía, tal vez, haberte herido con un proyectil, pero en tu cuerpo mecánico, lo que no habría afectado en modo alguno a tu cerebro —se defendió—. ¿Me equivoco, doctora?

—Aciertas, Pier —respondió Varda.

—Las probabilidades en contra eran mínimas, daba la posición de Lhixos y Ia forma en que te arrojé contra él —añadió Shenn—, Si hubiera sido al revés yo mismo te habría pedido que hicieras algo semejante, Nelphia.

— Está bien —cortó la doctora—. Ahora Io más interesante es atender a la muchacha. Será mejor que volvamos arriba inmediatamente.

* * *

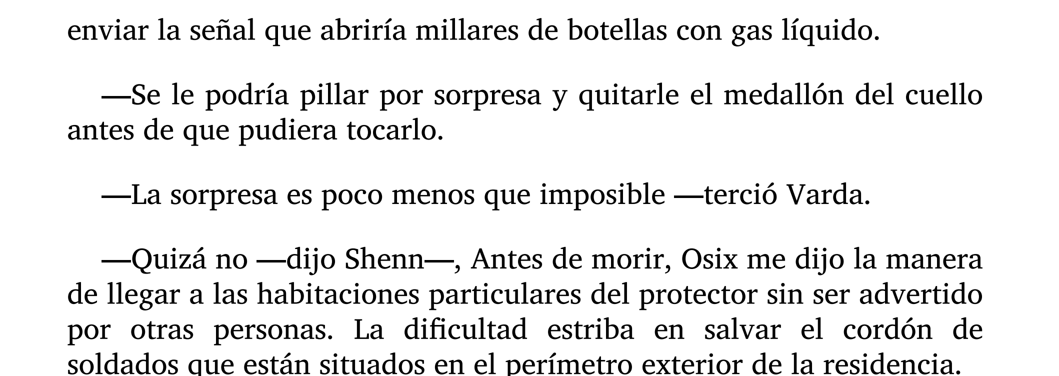
Nelphia empezó a recuperarse poco después, aunque por preocupación Varda le recomendó permaneciera todavía un rato acostada. Ulz, por su parte, estaba haciendo algo que Shenn envidió sobremanera: el capataz había abierto una botella y daba unos buenos tientos al vaso que había llenado con parte de su contenido.

—Sería cosa de que empezásemos a tratar la situación —propuso el joven.

Ulz hizo un gesto afirmativo.

—En estas circunstancias sólo tenemos una solución —manifestó—, Asaltar la residencia de Thrimoy y quitarle de en medio.

—Puede resultar peligroso. Si no encontramos antes el control central de la destrucción de los cuerpos, Thrimoy sería capaz de



enviar la señal que abriría millares de botellas con gas líquido.

—Se le podría pillar por sorpresa y quitarle el medallón del cuello antes de que pudiera tocarlo.

—La sorpresa es poco menos que imposible —terció Varda.

—Quizá no —dijo Shenn—, Antes de morir, Osix me dijo la manera de llegar a las habitaciones particulares del protector sin ser advertido por otras personas. La dificultad estriba en salvar el cordón de soldados que están situados en el perímetro exterior de la residencia.

Ulz se pellizcó el labio inferior.

—Lhixos, estoy seguro de que tenía algún medio de entrar en el recinto. Pero a nosotros nos resultaría imposible. Aunque yo llevase su documentación, los detectores orgánicos revelarían la impostura en el acto.

—En todo caso, tenemos que ir de noche, y a la madrugada preferentemente —indicó el joven.

De repente se volvió hacia la doctora, a la vez que levantaba la mano derecha.

—Pues no iba a chasquear los dedos... —exclamó.

Los ojos de Varda se iluminaron.

—Eso se hace cuando alguien cree haber dado con la solución de un difícil problema —dijo.

—Exactamente —confirmó el joven—. Tengo la solución.

— Bueno, suéltala ya —pidió Ulz con impaciencia.

— Doctora, tú utilizas la anestesia para las operaciones de bionización.

—Lógico —respondió Varda.

—No te pediré Ia anestesia preliminar, que se aplica en inyección intravenosa, sino de la otra... Ia gaseosa.

Varda entornó los ojos.

—Gas anestésico —dijo.

—Eso es, doctora. Si pudiéramos adormecer a unos cuantos centinelas... Acaso con un par de ellos sería suficiente.

—Se necesitaría una cantidad de gas realmente exorbitante—objetó Ulz.

—Bastaría con atontarlos unos minutos. No es necesario que permanezcan muchas horas sin conocimiento. Con diez minutos tendríamos más que suficiente para entrar en el recinto.

Varda hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que tengo Io que necesitas, Pier —manifestó—. Lo que no falta aquí precisamente es material para las operaciones. Naturalmente, en ese material se incluyen los elementos para la anestesia.

—En forma de botellas de metal, supongo.

—Sí, en efecto.

—¿Qué cantidad de gas contiene cada botella? Porque debe de estar a presión, si no me equivoco.

—Ciento cincuenta atmósferas. Cada botella debe de contener unos dos mil litros de gas.

—Y ¿cuántas botellas hay?

Varda sonrió. Separándose de la mesa donde descansaba Nelphia fue al otro extremo de la sala contigua al quirófano y abrió un gran armario.

—¿Cuántas puedes cargar, Pier? —preguntó.

Shenn contempló las estanterías repletas de botellas de metal, que medían poco más de un metro de altura por doce o catorce centímetros de diámetro. Meditó unos instantes y, al fin, dijo:

—Yo puedo cargar con dos botellas en las manos. Si dispusiera de una bolsa o una especie de arnés llevaría dos más a la espalda.

—Prepararé ese arnés -i—dijo Ulz—. Y yo, por mi parte, llevaré otras dos botellas. No tengo tu fuerza, pero tampoco soy un alfeñique —añadió jovialmente.

—Un consejo —intervino Varda—. Debéis lanzar el gas a favor del

viento y a una distancia no superior a los cincuenta metros. Sólo así podrá resultar plenamente efectivo.

— Doce mil litros de gas en un especio de pocos metros cuadrados... ¿qué margen de tiempo nos deja?

—Podréis entrar sin problemas. La salida...

Varda calló de pronto y miró fijamente a su esposo.

—Procura volver, querido —añadió, tras una corta interrupción.

— De eso puedes estar segura, cariño —respondió Ulz.

—Te esperaré con impaciencia —dijo Varda—. Y ahora, tendréis que dispensarme; debo volver junto a Nelphia, para vigilar su recuperación.

—Nos ¡remos directamente en cuanto estemos listos —anunció Ulz.

Varda se acercó a su esposo y le dio un fuerte beso. Luego, de pronto, dio media vuelta y echó a correr.

—Es una mujer maravillosa —elogió Shenn:

—No la cambiaría por ninguna otra —contestó Ulz—, Sin embargo, debes de pensar que ha colaborado en los crímenes del protector...

—Yo no soy quién para juzgar a otros —dijo el joven—. Ella, supongo, tendría sus motivos para actuar de semejante manera.

—Alguien tenía que ocupar el puesto de Lhixos, una vez que éste hizo desaparecer a Jeffud y aprender las técnicas de bionización, para algún día poder aplicarlas en sentido contrario.

—Entiendo. Así pues, Varda se encargará de millares de operaciones «regreso».

—Suponiendo que consigamos impedir la destrucción de esos cuerpos.

—Estoy seguro de que lo conseguiremos. ¿Sabes?, antes, cuando estabas tomándote un trago, sentí una horrible envidia de lo que estabas haciendo.

Ulz puso una mano en el hombro de metal del joven.

—Tú también volverás a beber un trago de vino, amar a una mujer y caminar por el campo… Volverás a ser lo que eras: un hombre y no una máquina.

—Así lo espero —respondió Shenn fervorosamente.

CAPITULO XII

Tendidos en el suelo, tumbaron silenciosamente las seis botellas y abrieron muy despacio las válvulas, a fin de evitar el delator siseo de un gas saliendo con demasiado ímpetu. Soplaba una fresca brisa y el gas fue impulsado insidiosamente hacia el lugar donde media docena de soldados, fuertemente armados, montaban una guardia intraspasable.

Transcurrieron unos minutos.

De pronto los soldados empezaron a caer casi simultáneamente. En menos de diez segundos, seis hombres yacían por tierra profundamente dormidos.

Ulz consultó su reloj.

—Es preciso dejar pasar cinco minutos para que el gas termine de disiparse —murmuró.

Aquellos cinco minutos se le hicieron a Shenn cinco siglos. Al fin, con alivio, notó que Ulz se ponía en pie.

—Aprisa —susurró el capataz—. Disponemos de muy poco tiempo.

Al otro lado del cordón de centinelas había un alto muro, para salvar el cual iban debidamente preparados. Ulz lanzó un gancho, al que había sujetado previamente una fuerte maroma. Pasar al otro lado fue cuestión de un par de minutos.

El jardín estaba a oscuras y silencioso. Las pupilas de Shenn, sin embargo, estaban habituadas a la oscuridad y no tardó en divisar la alta silueta del árbol parecido a un secoya terrestre.

—Allí —señaló con la mano.

—Ahora te toca a ti hacer de guía —dijo Ulz.

El joven asintió. Casi a tientas, buscó el macizo de flores que le había señalado Osix. El enorme tronco del secoya le servía de punto de referencia. Al fin divisó la flor más alta y. alargando la mano tiró suavemente.

No ocurrió nada. Shenn se sintió decepcionado.

—¿Me habrá engañado? —se lamentó.

—Posiblemente no has actuado como ella te lo indicó. ¿Qué te dijo exactamente?

— Debía dar un fuerte tirón.

— Pier. con Io que has hecho no levantarías a una mosca -del suelo. Un fuerte tirón es... bueno, eso, un fuerte tirón.

—Tal vez tenía miedo de romper el tallo.

—Prueba otra vez —dijo Ulz.

Shenn agarró el tallo y tiró con fuerza. Inmediatamente se oyó un ligero chasquido.

Una gran placa circular de más de dos metros de diámetro ascendió silenciosamente hasta la altura del pecho de un hombre, dejando a la vista una abertura circular, en la que empezaba una escalera de caracol que se hundía en las profundidades del subsuelo.

—Osix no se equivocaba —dijo Ulz, vivamente complacido.

El hueco estaba completamente a oscuras. Ulz sacó una linterna.

—Ahora yo iré en cabeza —exclamó.

— De acuerdo, pero ten en cuenta una cosa: es preciso seguir siempre la dirección Oeste y no utilizar ninguno de los ramales laterales. Aparte de que no conducen a ninguna parte, tienen trampas mortíferas.

— Ese canalla de Thrimoy no se olvida un solo detalle —dijo Ulz rabiosamente.

Inmediatamente comenzaron el descenso. Al llegar al décimo escalón, se oyó otro chasquido y la tapa del pozo volvió a su sitio.

—Ya sabemos cómo hacer funcionar esta salida al regreso —sonrió Ulz.

— Esperemos que podamos hacer realidad lo que acabas de decir —deseó el joven.

Momentos después llegaron al pasadizo subterráneo, a unos doce metros de la superficie. Las paredes y el techo eran de recia mampostería, con arcos de refuerzo para la estructura. El suelo era absolutamente liso y nivelado.

La distancia a recorrer era de unos doscientos metros. Al final, una vez eludidos los túneles laterales, encontraron la plataforma de un ascensor.

—Conduce directamente a las habitaciones de Thrimoy —dijo Shenn.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Resuelto, \J\z puso pie en el ascensor. Buscó el mando de puesta en marcha y apretó a fondo.

El ascensor inició su movimiento. Shenn calculó a ojo la distancia y la velocidad. Cuando al fin sintió que se detenía el aparató, estimó que habían recorrido unos ciento cincuenta metros.

—Las habitaciones de Thrimoy están en lo alto de la torre que corona su residencia —dijo Ulz—, Son muy contadas las personas que han conseguido llegar hasta allí, salvo las mujeres que se lleva para su satisfacción.

—Exactamente, caballeros —sonó de pronto una voz sarcástica—, Muy pocas son las personas que han llegado hasta aquí, excepto unas cuantas mujeres hermosas, entre las cuales se contaba una tal Osix, a quien supongo autora de la información que les ha permitido utilizar esta vía secreta de acceso a mis habitaciones privadas.

La puerta del ascensor se había abierto en el momento de su detención y entonces Shenn se encontró frente a frente con el hombre que había ordenado su bionización.

* * *

Thrimoy de Modz era, en la realidad, el mismo que había visto en centenares de retratos y en las pantallas de televisión, aunque ahora vestía con menos solemnidad y sonreía de un modo que no era el habitual.

Con Ia mano derecha acariciaba el gran medallón que pendía de su cuello. Shenn lo vio y se sintió terriblemente pesimista.

Nunca conseguirían llegar hasta el protector antes de que éste enviase Ia señal destructora de millares de cuerpos humanos en estado de hibernación. Aunque lo matasen, Thrimoy habría ganado sin dificultad su última batalla. El hecho de que, una vez muerto, no pudiera disfrutar de su triunfo, no añadía precisamente optimismo a sus razonamientos.

— Diríase que aguardaba nuestra llegada —habló Ulz en primer lugar.

—Cierto —admitió el protector—. Suelo estar bien informado de lo que ocurre en mi planeta. He enviado gente a investigar y me han comunicado la ausencia de algunas personas, entre ellas usted, Ulz y el terrestre espía.

—Nunca lo fui —protestó Shenn indignamente—. Sólo era un simple comerciante que había venido a estudiar las posibilidades de exportar a Modz algunos de sus productos.

—Eso es lo que usted sostiene y que no vamos a discutir por ahora —respondió Thrimoy—. Lo mejor será que acabemos la cuestión en el tiempo más breve posible.

—¿Piensa destruir los cuerpos humanos?

Thrimoy sonrió malignamente.

—En mi lugar, ¿qué haría usted?

—Sería un gasto inútil. Tanto dinero derrochado, para tirarlo en un instante...

—Quedan los cuerpos mecánicos, con sus cerebros naturales.

—No Ie obedecerán.

—Entonces morirán, porque inevitablemente sus cerebros dejarán

de ser irrigados por una sangre carente ya de oxígeno. Y, créanme, el ser humano ansia vivir sobre todas las cosas, aun en las peores circunstancias.

—Varios miles de esclavos se han rebelado en la fundición. Los que trabajan en las minas también se han sublevado.

—Lo sé, pero volverán a sus puestos. Yo me encargaré de ello, no se preocupen.

—El pueblo le detesta, protector.

—Tengo la fuerza —contestó Thrimoy orgullosamente.

— Esa fuerza está inspirada en el temor, porque todos los que le obedecen tienen miedo a ser bionizados. Si usted es eliminado esa pena será borrada del código de Modz y Ia gente vivirá en libertad.

Una burlona sonrisa se dibujó en los delgados labios del protector.

—Todo está asegurado —dijo—. Pronto volverán las aguas a su cauce y construiremos una nueva fundición y seguiremos extrayendo mineral para fabricar el «himet». Con ese metal mis soldados serán invulnerables y en pocos años me convertiré en el protector del sistema solar de Modz. —Thrimoy volvió la vista hacia el terrestre—. Quizás algún día pruebe la aventura de conquistar su planeta, aunque eso no será cosa de un día, naturalmente. Pero lo conseguiré, aunque tenga que esperar cien años.

—No vivirá tanto gruñó Ulz.

—¿No? ¿Cómo puede saberlo usted, miserable traidor? —barbotó Thrimoy—. Viviré no cien años, sino doscientos o más… ¡Miren, idiotas!

Bruscamente, Thrimoy se rasgó las ropas con las manos y dejó al descubierto un cuerpo de metal, idéntico al de Shenn. El joven se quedó estupefacto, lo mismo que Ulz.

—Soy el primer ejemplar de una nueva raza de hombres biónicos —dijo Thrimoy, rebosante de malsano orgullo—, Lhixos es un gran cirujano y ha conseguido respetar mis facciones originales. No soy cómo usted, Shenn, al que sólo le quedan el cerebro y los ojos. Yo tengo más…

—¿Eso es lo que quiere? ¿Vivir siempre con un insensible cuerpo

de metal?

—Pero indestructible.

Shenn sintió vértigo. La ambición de aquel megalómano le había llevado a bionizarse a sí mismo, desechando su cuerpo orgánico como algo inservible. Thrimoy era un demente, se dijo.

— Ya ven, caballeros añadió el protector tras una corta pausa—, que he ganado Ia partida. Ustedes están aquí y no saldrán con vida. Y yo viviré cientos de años y adquiriré sabiduría y experiencia infinitas para llegar a ser algún día el dueño de una inimaginable serie de sistemas solares, todos cuyos habitantes adorarán mi nombre y sentirán hacia mí amor y veneración infinitos.

—Loco —murmuró el joven—. Está loco de remate. Un hombre de sus características no puede seguir viviendo un minuto más.

— Estoy de acuerdo contigo dijo Ulz ceñudamente.

Thrimoy se echó a reír.

— Ustedes no me harán nada por dos poderosas razones —dijo—. En primer lugar, tengo este bastón de dolor, sincronizado también para los cerebros que siguen en sus cuerpos originales.

—¿Cuál es la segunda razón? —preguntó Shenn.

—Se refiere especialmente a usted. ¿De qué le serviría matarme, si su cuerpo ha sido ya destruido como el de todos los que hay en Ia caverna de hibernación?

—¡Ha destruido todos los cuerpos! —rugió Ulz.

Thrimoy rozó el medallón con la yema de los dedos de su mano derecha.

—Lo hice cuando franqueaban el umbral de esta habitación —respondió fríamente.

Shenn cerró los ojos. Ya no podría retornar a su cuerpo. La operación «regreso» no se efectuaría jamás.

De pronto se sintió acometido por un irrefrenable ramalazo de cólera. Aquel miserable, se dijo, no podía seguir viviendo ni un minuto más. Aunque lo matase con una descarga de dolor, llegaría a tiempo para destrozarle el cerebro de un puñetazo.

Avanzó hacia Thrimoy con las manos extendidas. El protector se alarmó.*

—¡Quieto! —gritó, a Ia vez que le apuntaba con el bastón de dolor.

Shenn sintió en el acto un agudísimo pinchazo en el cerebro, pero, haciendo un enorme esfuerzo, continuó avanzando. De repente, Ulz saltó hacia adelante y de un revés arrancó el bastón de la mano de su dueño.

El dolor cesó inmediatamente en el cerebro de Shenn. Este agarró a Thrimoy por el cuello.

Ulz lo asió por un brazo. Shenn y Ulz cambiaron una mirada.

El mentón del capataz señaló un punto de la estancia.

—Sí, es lo mejor —convino Shenn.

—¿Qué van a hacer conmigo? —gritó Thrimoy, aterrado—. Todo lo que les he dicho es mentira. Sólo quería asustarles... Respétenme la vida y les prometo...

—No podemos dar crédito a sus palabras —dijo Ulz ceñudamente.

—Todo lo que usted dice es pura mentira —agregó el joven—. ¿Listos, Kroppf?

—Contaremos hasta tres. ¿Te parece bien?

—¡Conforme!

El cuerpo de Thrimoy se balanceó adelante y atrás tres veces. Luego, de súbito, salió catapultado hacia la ventana que Ulz había indicado antes.

Se oyó un terrible alarido. La voz del protector se alejó velocísirnamente al mismo tiempo que se acercaba al suelo, situado a ciento cincuenta metros más abajo.

Un horrible chasquido, atenuado por la distancia, llegó a oídos de los dos hombres. Shenn se asomó y divisó el cuerpo de Thrimoy, inmóvil al pie de la torre.

—Hemos terminado con un asesino —dijo.

Ulz puso una mano en el hombro metálico del joven.

—Lo siento, Pier —murmuró.

Por un instante el joven sintió la tentación de tirarse por la ventana abajo, pero logró dominarse. Quizá Thrimoy tenía razón: el ansia de vivir era siempre muy fuerte en cualquier situación.

—Regresemos —propuso.

— Dejaremos pasar un rato, hasta que se tranquilice todo —aconsejó Ulz—. Ahora habrá un poco de barullo, pero en el subterráneo estaremos seguros.

Shenn asintió en silencio. ¿Qué le diría a Nelphia? ¿Cómo excusar su fracaso?

—Seguiré siendo una máquina —dijo.

Y notó que las lágrimas fluían de sus ojos.

* * *

Ulz abrió la puerta del antequirófano y en el acto se oyó el gritito de susto salido de una garganta femenina.

Shenn divisó una mujer desnuda, que corría a ocultarse tras un biombo. Varda salió al encuentro de los dos recién llegados.

—Los hombres, fuera —ordenó—. Esperad hasta que ella se haya vestido.

—Hemos fracasado, Varda —dijo Ulz tristemente—. El protector consiguió enviar Ia maldita señal de radio...

—¿De veras? Pues aquí no ha pasado nada. Precisamente hace menos de cinco minutos he subido de la caverna y todo estaba normal —contestó la doctora, muy sorprendida.

—¿Estás segura, Varda? —gritó el joven.

—Absolutamente. ¿Cuándo disparó Thrimoy su señal de radio?

—Oh, lo menos hace seis horas. No hemos podido venir antes.

—Entonces es que algo ha fallado —dijo Varda—, No sé qué es, pero todos los cuerpos hibernados están intactos. Incluido el tuyo, Pier, naturalmente.

—No entiendo —dijo Ulz—. ¿Qué diablos pudo fallar en aquel condenado medallón?

Shenn procuró concentrarse. Algo había fallado, en efecto.

De pronto, recordó...

—Osix quiso matarle, pero el medallón paró el golpe de su puñal —dijo—. Quizá ese golpe averió los mecanismos internos del transmisor y el protector no creyó conveniente revisarlo, estimando que no había sufrido ningún daño.

—Si ha sido así, se lo tenemos que agradecer a Osix mientras vivamos —dijo la joven que había corrido a esconderse ante la llegada de los dos hombres.

Ahora estaba vestida con una simple blusa y una falda muy corta. Shenn la miró y pudo ver un rostro gracioso, atractivo, unos cabellos rubios y una figura sumamente esbelta.

—¿Has tomado una ayudante, Varda? —preguntó.

Las dos mujeres se echaron a reír simultáneamente.

—No te ha reconocido —dijo la doctora.

' —Es natural, siempre me vio con el cuerpo de metal —contestó la otra.

Shenn sintió que se le saltaban los ojos de las órbitas.

—¡Eres... Nelphia! —gritó.

—Sí, soy Nelphia —confirmó la muchacha—. Todavía me siento un poco torpe, pero Varda asegura que dentro de un par de días me habré recuperado por completo.

—No creí que esta operación se realizase tan rápidamente — observó el joven.

—Los robots cirujanos actúan expertamente y con absoluta seguridad —explicó Varda—. Al menos eso debemos cargarlo en Ia cuenta de Lhixos.

—Sí, se Io agradeceremos, pero de todos modos no lamento su muerte. Doctora, tú te aplicarás ahora a devolver los cuerpos originales a sus dueños, supongo.

—Tendré que instruir a otros colegas —respondió Varda—. Ampliaremos los quirófanos, programaremos más robots cirujanos. Pero antes creo que debo empezar contigo. Pier.

—¿Conmigo? —se sorprendió el joven.

—Claro. ¿Qué creías que hacía allá abajo en la caverna? Fui a buscar tu cuerpo, para empezar Ia operación «regreso» apenas estuvieras aquí de nuevo. Es decir, si deseas volver a ser un hombre y dejar de ser una máquina.

Nelphia se acercó al joven y tomó con su mano original Ia de él metálica.

—Hazlo —pidió.

Shenn miró a Ia muchacha.

Sonrió mentalmente, pensando que pronto podría hacerlo de una forma natural.

Nelphia estaba allí. Pronto podría sentir el calor de sus labios, el contacto de su cuerpo. Ia pasión, el amor... y todas las cosas que permitían a un humano ser feliz, incluso con problemas y trabajos duros y penosos.

—Ve al quirófano —dijo Nelphia—. Te espero, Pier.

Shenn asintió. Luego se volvió hacia la doctora.

— Varda, estoy listo para ser de nuevo un hombre —exclamó.

FIN